

TEXTOS SELECTOS SOBRE  
LA HEROICA VILLA DE LOS SANTOS

1993—2008



TEXTOS SELECTOS SOBRE  
LA HEROICA VILLA DE LOS SANTOS

1993 – 2008



ROBERTO PÉREZ-FRANCO

Vinye

Pérez-Franco, Roberto

Textos selectos sobre la Heroica Villa de Los Santos - 1ª ed.  
Cambridge, MA, Estados Unidos: Vinye, 2008.  
108 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-1440457289

1. Folklore Panameño 2. Cuento Panameño  
3. Poesía Panameña 4. Ensayo Panameño I. Título

Otros libros del autor:

- Cuando florece el macano. Chitré: Crisol, 1993.
- Confesiones en el cautiverio. Panamá: INAC, 1996.
- Cierra tus ojos. Panamá: UTP, 2000.
- Cenizas de ángel. Panamá: UTP, 2006.
- Catarsis. Boston: Vinye, 2008.
- Cuentos selectos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.
- Textos escogidos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.

1ª edición: noviembre de 2008,

(CC)Vinye: [www.vinye.com](http://www.vinye.com)

282R Vassar St H-5, Cambridge MA 02139, Estados Unidos

Textos y selección a cargo del autor

(CC) 1993-2008, Roberto Pérez-Franco: [roberto@perez-franco.com](mailto:roberto@perez-franco.com)

Acuarela de la portada: Sábado de Gloria: Estudio

(CC) 2005, Roberto Pérez-Franco

Fondo: Feuer und Wasser. © 2008 Nyiana-Sama.

Fotografía de la contraportada: © 2004 Dimas

Font de Vinye: ElvenCommonSpeak.

Font del libro: Book Antiqua.

Los presentes textos se ofrecen bajo la licencia Creative Commons BY-ND. Pueden ser reproducidos libremente por cualquier medio, si se acredita al autor y se presentan sin modificaciones. El autor reserva sus derechos sobre todas sus obras. Desde noviembre de 1997, la obra completa del autor está disponible de forma gratuita en su sitio oficial en la Internet:

[www.rp-f.com](http://www.rp-f.com)

## SOBRE ESTA SELECCIÓN

El presente compendio incluye versos, ensayos, discursos y cuentos del autor, directamente relacionados a La Heroica Villa de Los Santos. Los textos fueron seleccionados por el autor como lo más representativo de su producción en esta temática entre 1993 y 2008.

## SOBRE EL AUTOR

Roberto Pérez-Franco (Chitré, 1976) crece en la Heroica Villa de Los Santos. Su principal contribución artística se da en la literatura. Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008, mereciendo diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez en 2005. Además del cuento, cultiva el verso y el ensayo corto. Sus artículos de opinión, al igual que algunos versos de su factura, han sido publicados en diarios nacionales. Fue el miembro más joven de la Junta Directiva fundadora del Círculo de Escritores de Azuero (1998).

Colaborador en las festividades del Corpus Christi de La Heroica Villa de Los Santos, participó en dos ocasiones en la Danza del Saracundé (en 1990 y 1991), y en tres ocasiones en la Danza de la Montezuma Española, en el papel de Hernán Cortés (1998, 2001 y 2006). En 2006 preparó una versión anotada en detalle del parlamento de esta danza. Participó también en la grabación de la pista y en la representación de una adaptación teatral de estas danzas (1998), y en la obra Herencia en el Teatro Nacional (2006).

En 1998, con base en mérito académico, porta la bandera patria a la cabeza de la delegación de la Universidad Tecnológica de Panamá en el desfile del 10 de noviembre en La Heroica Villa de Los Santos. Da la espalda al Presidente de la República, Ernesto Pérez Balladares.

El 8 de abril de 1998 diseña una bandera oficiosa para la región de Azuero, la cual recibe el apoyo de intelectuales de la región como Don Carlos Innis y Don Milcíades Pinzón Rodríguez, y elogios del vexilólogo e historiador Don Jaume Ollé Casals. La primera bandera fue bendecida el 15 de noviembre de ese año por el reverendo Miguel Ángel Conde, Cura Párroco de La Heroica Villa de Los Santos.

En 1999 recibe la designación de Hijo Meritorio de La Heroica Villa de Los Santos. En 2004 es designado orador de fondo y abanderado cívico en el desfile del 1ro de noviembre, en la celebración de la fundación de la Heroica Villa de Los Santos. El mismo año, recibe un Pergamino de Honor al Mérito, por su contribución artística a la preservación de las tradiciones santeñas. En 2007 se le otorga la Estrella de Azuero, como mejor ejecutoria en enaltecer los más altos valores de la cultura panameña.

Es ingeniero electromecánico, egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá. Actualmente cursa un doctorado en estrategia logística en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, del cual obtiene en 2004 una maestría en logística. Recibe las becas IFARHU (1997), Fulbright (2003), Barsa (2003), SENACYT (2005) y UPS Doctoral Fellowship (2008). Librepensador, pacifista. Miembro de Mensa, ISPE y Triple Nine. Aficionado a la literatura, la fotografía, la pintura, el ajedrez, la música clásica, la arqueo-astronomía, y el esperanto.

a mi hija Sara Judit –

que perdure en ti

mi alma santeña



## TEXTOS ESCOGIDOS

Sobre esta selección.....	5
Semana Santa en La Villa .....	11
Velorio de Jesús .....	13
Domingo de Ramos.....	15
El Encuentro.....	17
Jueves Santo .....	19
Viernes Santo .....	21
Domingo de Pascua .....	23
Ensayos Breves .....	25
La muerte del tamborero.....	27
La procesión del silencio .....	29
Parlamento anotado de la Montezuma Española.....	33
Introducción.....	35
Parlamento Anotado.....	37
Discursos .....	79
Discurso de fondo en la Heroica Villa.....	81
Cuentos.....	93
La máscara de diablico .....	95
El hombre que llega .....	96
En la corriente.....	98
Adiós, amigo mío .....	102
Confesiones en el Cautiverio (Fragmento) .....	105



# SEMANA SANTA EN LA VILLA

Versos

(2006–2008)



## VELORIO DE JESÚS

Velorio de Jesús en la placita,  
junto a la estatua de Rufina Alfaro...  
en tienda hecha de varas y de pencas  
se encuentra el Nazareno meditando.

Dice la Biblia que la noche triste  
pasó el santo cordero agonizando  
hablando con su Padre, pide fuerzas,  
sabiéndose por nos crucificado.  
Esa noche de angustias veló a solas,  
negligencia que no nos perdonamos.  
Purgamos esta culpa con velarlo,  
arroparlo de púrpura y dorado,  
rodearlo de adorantes y de velas,  
con flores y con joyas coronarlo.

Velamos junto a ti, Señor, y hacemos  
lo que no hicimos hace dos mil años:  
esperar con los ojos bien abiertos  
a que el Hijo del Hombre sea entregado  
a la pasión rebelde de las masas  
que quisieron del santo hacer soldado,  
para romper cadenas por la fuerza,  
grito judío contra el clarín romano,  
por no entender que el Reino de los Cielos  
trasciende las patrias de los humanos.

Miro tu efigie, con estampa seria,

y pienso si el yeso habrá capturado  
el gesto de ansiedad que en esa huerta  
en tu rostro se viera dibujado  
al ver que todos duermen, y la luna  
es la única que el ruego ha presenciado.  
Miro luego a los niños de mi pueblo,  
vestidos hoy de limpio en este rancho,  
tomando té de yerba, pan con queso,  
sentados en la alfombra, jugueteando.

¿Habrán estos niñitos comprendido  
el mensaje de luz que ha regalado  
el profeta de paz de Galilea,  
con corazón de niño y voz de santo?  
¿Sabrán las viejas grises, las beatas,  
mientras llevan las cuentas del rosario,  
que es noticia de amor y no de miedo  
la que nos trajo el maestro solitario,  
que la muerte no es el fin de la vida,  
y que su mandamiento es sólo amarnos?

Escucho entre el murmullo de los rezos  
el llanto del lejano campanario,  
¡campanas libertarias, vida y muerte,  
campanas del templo San Atanasio!  
Con su voz de metal, llaman al pueblo  
a velar con Jesús, fiel a su lado  
en el rancho de varas y de pencas,  
rebaño arrepentido, congregado.  
¡Velorio de Jesús, Semana Santa!  
Recuerdos de la infancia, del pasado...

DOMINGO DE RAMOS

A mi abuela Elvira

Andamos por los potreros, todos juntos caminando.  
Mi padre lleva un machete; mi hermana, unos baldes anchos.  
Yo, por ser el más pequeño, no llevo nada en las manos.  
La mañana aún está fresca. Escucho un bimbín, cantando...  
¿Qué pasa, por qué salimos? Ven, que hoy es domingo 'e ramos.

Mi madre - con un sombrero - marcha adelante buscando  
racimos de caracuchas sobre el cielo de verano.  
El contraste entre el azul y el pétalo immaculado  
(corazón de azufre el centro, bordado encaje de talco)  
me hace pensar en lo hermoso que es la vida en nuestro campo.

Flores silvestres del monte (¡cuántas!) vamos cosechando:  
blancas, naranjas y rojas, de amarillo y de rosado.  
Mojadas en agua fresca, el tambucho van llenando  
jazmines y veraneras, acacias en grandes gajos;  
las flores todas juntitas, las hojas verdes al lado.

A la sombra - ya en la casa - por color las separamos.  
Las rociamos de la fuente, y las dejamos un rato.  
En la tarde, donde Abuela, vestidos todos de blanco,  
regaremos, falsa lluvia, en la calle un buen pedazo,  
y quedaremos tranquilos, silenciosos, esperando...

Cuando oigamos la campana de la procesión doblando  
la esquina de la otra cuadra, esparciremos un manto  
de hojas verdes y de flores para que las pise el Santo.  
Las acacias, que son muchas, las ponemos por los lados;

en medio las caracuchas, que resaltan por lo claro.

Caballero sobre un burro, va Jesucristo montado.  
Se bambolea en la montura, vestido de oro y morado.  
Le hacen sombra los ilustres, cargando serios el palio.  
Viejas, con palmas en mano, cantan un himno o un salmo.  
Un gran corrincho de niños le va tendiendo unos trapos.

Cuando el tropel de devotos en procesión ha pasado,  
sonrío por las estrellitas que lleva el burro al costado.  
Escojo una carachucha, de las que nadie ha pisado,  
para dársela a mi Abuela: la guardará con cuidado  
entre hojas de la Biblia, junto a un santo y un rosario.

EL ENCUENTRO

Sobre una silla ancha, de mimbre y de madera,  
en la penumbra triste y solemne de la acera,  
quieta y meditabunda, entre nietos la abuela  
el Encuentro del Cristo con la Virgen espera.

El anda de Jesús, coronado de velas,  
desde la calle larga aparece primera.  
Catorce mozalbetes en los hombros la llevan;  
chiquillos más pequeños la miran tras las verjas.

El anda de María, en encajes envuelta,  
un minuto más tarde llega por la derecha.  
Como una rosa blanca, con una luz interna,  
la madre resplandece bajo la luna llena.

Los dos grupos sombríos poco a poco se acercan:  
la Virgen dolorosa, con la lágrima eterna  
sobre la porcelana de la mejilla tierna;  
el hijo, acongojado, solemne, viene a verla.

En esta esquina nuestra los dos grupos se encuentran.  
Quiso la tradición o el azar que así fuera.  
Esquina simple y mustia, ¡esta noche eres bella!  
Esquina de mi infancia, de juegos de rayuela.

Pasaron muchos años, y me fui de mi tierra.  
La madre de mi padre, mi santa abuela, es muerta.  
La esquina, nuestra esquina, tiene fachada nueva.

Pareciera que es otra, que de ayer no se acuerda.

Pero en Semana Santa, bajo la luna llena,  
la noche del Encuentro, mi gente en ella espera  
a que la triste Virgen, en encajes envuelta,  
se tope con el Cristo, coronado de velas.

## JUEVES SANTO

A mi padre

Camino con mi padre, por las calles estrechas de mi pueblo,  
con el trote de niño, la procesión que llaman «del silencio».  
Procesión de los hombres, tras el Cristo de púrpura y de yeso.  
Migración de nostalgia, cual un peregrinaje hacia el destierro.  
Nadie dice palabra: meditan - caminando - en el tormento.

Distingo tantas caras: del zapatero humilde, el noble Yeyo,  
del maestro de escuela, del médico, del cura y del abuelo  
que marcha vacilante, recordando las marchas de otros tiempos.  
¡Semblante de mi padre, con expresión estoica de hondo duelo!  
Las miradas sombrías oprimen algo incógnito en mi pecho.

Oigo el tambor romano, al frente de la fila: va advirtiendo  
con pregón militar, el destino terrible de este reo.  
«¿Por qué llevan así - le pregunto a mi padre - a Jesús preso?»  
Él me manda a callar, con breve ademán firme, pero tierno.  
Nadie sabe el porqué, pero los trajo aquí el desasosiego...

¿Será porque pequé? ¿Será que he sido malo en el colegio?  
¿Será que el Redentor ha de pagar en carne propia el precio?  
¡Un gallo canta, lejos! Siento que soy traidor, como San Pedro,  
que renegué de Él. Se llena el corazón de un mal recelo,  
como si no supiera que resucitará después de muerto.

La procesión es larga, y a ratos - fatigado - me entretengo  
escuchando los pasos, contando las estrellas en el cielo.  
El Cristo va delante, con rasgos de agonía en duro gesto.  
Como yo voy detrás, me olvido del dolor y me contento

con andar con papá, por las callejas tristes de este suelo.

Llega la procesión, al fin, hasta la fachada del templo.  
El Santo sigue recto, por la nave central, andando lento.  
Mi madre nos saluda; miraba, con mi hermana, desde lejos.  
Mi padre vuelve a reír, me invita a degustar algún refresco.  
Yo recuerdo a Jesús, atado y azotado, y me estremezco...

VIERNES SANTO

A mi madre

Es madrugada ya, y aún la procesión no ha concluido.  
La luna llena da, en triste cielo, un resplandor cenizo.  
Delante va el pastor. Detrás caminan los arrepentidos.  
Unos no pueden más: se marchan a sus casas, ya rendidos.  
Los más fieles se quedan, tras el cadáver pálido del Cristo.

Cargando el anda van, al menos, treinta hombres. Algún niño  
camina con su padre, sin entender que es éste su destino;  
que el día llegará, cuando - en un mozalbete convertido -  
suplicará cargar los troncos del sepulcro, redimido  
en virtud del dolor, del peso y de las piedras del camino.

La procesión, en cruz, avanza lentamente. Con los cirios,  
y con una oración, repetida en los labios compungidos,  
van las mismas beatas que en el sepulcro arreglaron los lirios,  
y, en la caja de luz, pusieron con ternura al malherido.  
Oigo el cantar de luto, subiendo en espiral al infinito.

En cristalina ánfora, el cuerpo del Mesías va tendido.  
Lo miro con temor; contemplo sus heridas tras el vidrio.  
Llagándole la piel, espinas le coronan el martirio.  
Otras veces lo vi, y sin embargo sigo sorprendido:  
¡aún no sé por qué, tan hondo, sobrecoge su suplicio!

El anda llega, al fin. En las puertas del templo se ha dormido.  
En la flor de crespón, colgada aquella tarde, están cautivos  
gajos de caracuchas, palomas y un resplandor blanquecino.  
Se estremece en vaivén: abre al fin su capullo, ante el suspiro

del rebaño que admira la llovizna de flores, sorprendido.

¡Revoloteo fugaz de florecillas y plumajes níveos!  
La tumba se despierta, y atraviesa el portón, con paso altivo.  
Yo me vuelvo al hogar, de mano de mi madre, adormecido.

Mañana volveré, a ver cómo la brisa mece en vilo  
a la flor de crespón, y a las palomas tristes en su nido.

DOMINGO DE PASCUA

Casi a la media noche hemos llegado,  
parece que ya no quedan asientos.  
En hombros de mi padre voy cargado,  
como iba el buen Jesús sobre el jumento.  
Cruzamos el pasillo abarrotado,  
pero el gentío impide el movimiento.  
Junto a la puerta vieja nos quedamos,  
bajo el arco de cal y el firmamento.  
Detrás de mí, tengo el cielo estrellado;  
delante, cabelleras, velos negros.

¡La piedra de la gruta se ha apartado!  
Con cuerpo lacerado y rostro ileso,  
vestido en luz, el brazo levantado  
con gesto redentor, el Nazareno  
emerge de su tumba, vindicado,  
¡suspiros hondos vuelan por el templo!  
Gozosos, tras ver al resucitado,  
temiendo menos de la muerte el beso,  
se marchan los ancianos fatigados,  
dejando atrás, marchito, el monumento.

Otros en casa esperan, afeitados,  
para ir al baile, cuando sea el momento.  
El minuterero agnóstico ha indicado,  
apuntando a las doce, el gran portento,  
el Sábado de Gloria ya no es sábado:  
y en el jorón comienza los festejos.

Mozalbetes galantes, perfumados,  
invitan a las damas a un bolero.  
Se escuchan retumbando en los tejados  
los voladores que arden a lo lejos.

Llegada la mañana, bien temprano,  
el patio de mi casa invita al juego:  
se esconden chocolates bajo el árbol,  
y, seguidos de padres y de abuelos,  
la correría de nietos va buscando  
de la Pascua florida el dulce premio.  
¡Los años no perdonan, y el pasado  
se lleva estos momentos tan perfectos!  
Sólo quedan recuerdos, preservados  
en el ámbar nostálgico del tiempo.

¡Domingo! La semana ha terminado  
con la resurrección del Galileo.  
Otro año de mi vida se ha esfumado  
en las profundas cámaras del tiempo.  
Por amor y respeto he observado  
los ritos de mis padres y mi pueblo.  
Otra filosofía he cultivado  
- en la tumba vacía va mi credo.  
Pero la tradición he conservado,  
y en el pecho protejo el sentimiento.

# ENSAYOS BREVES



## LA MUERTE DEL TAMBORERO

Murió Mecho. Hace dos noches se nos fue el viejo. Lo mató la vida: el sol, el aire, el mar, el amor. Algo hay en la muerte (sin duda, la sensación contundente de un hito alcanzado) que nos mueve a reflexionar sobre los que se van. ¡Qué muerte dulce es esa suya! Morir tras haber vivido intensamente. En una casa sencilla vivía sencillamente. Tenía algún trabajo en alguna parte, pero su vocación era vivir. Hacía vejigas de puerco para los diablicos sucios del Corpus Christi en La Villa, preparaba gallos en las artes de la guerra, y confeccionaba tambores.

Sus manos, curtidas, curtían la piel del venado, dejándola secar al sol, afeitándole el pelambre reacio. Cavaban con el machete el tronco teso, hasta encontrar en el alma del árbol el cuerpo cilíndrico del tambor. Entonces, con sogas y cuñas, templaba la membrana sobre la boca hueca hasta el punto exacto de afinación. Barnizada la madera, hirsuto el cinto, parecía el tambor terminado un cañón de paz, el símbolo de un Punto eternizado en la semilla, el gesto del campesino santeño, presto para el trabajo y para la fiesta. Cada uno de sus tambores era una cifra de su autor, era Mecho hecho de palo y cuero.

Se le llama tamborero al que toca, al que alegra al gentío con sus nortes y corridos, a la cabeza de una tuna, en la madrugada de Carnaval. Pero también es tamborero el que fabrica el instrumento años antes, el que concibe, diseña, produce y pone a prueba a cada tambor como a un hijo. El artesano es el primer artista. A Mecho le gustaba la música al punto de decir que quien no gusta de ella está muerto.

Ahora que él lo está, seguirá viviendo en el retumbar del tímpano, en el puje y repique, en la febril vibración del venado sobre el tronco.

Tres artes, viejas como el hombre mismo, nos resultan todavía mágicas: curar, enseñar y hacer música. El tambor es posiblemente el instrumento musical más antiguo. Dícese que todas las grandes obras de la música contienen un ritmo que emula el latido del corazón humano, y que por ello apelan a nuestro instinto y nos hacen sentir vivos. El tambor es el vehículo más sencillo del ritmo. Basta uno, junto a una botella de seco, para formar una fiesta bajo la luna estival. ¿En qué cultura, en qué civilización no ha existido algún tambor característico de dicho pueblo? Detrás de cada uno está el tamborero que lo creó. Sus manos, como las del curandero y las del maestro, encierran un misterio primitivo, una magia primordial, y nos llaman a despertar, a ver el mundo, a vivir.

Mecho, viejo amigo, te has muerto, y no me lo creo. Te velaron con hierba de limón, pan y queso. Te lloraron, te enterraron. Ahora, mientras tu cuerpo se pudre, rezan a Dios el rosario interminable para que perdone tus pecados. ¿Qué pecados, compadre, si tú eras santo? Te santificaron tus manos, por cada tambor que construiste para hacerte eterno. Fuiste todos los hombres, y a la vez fuiste único. Ahora que no estás, ¿quién te reemplazará?

2006

## LA PROCESIÓN DEL SILENCIO

A mi padre

Ayer era un niño y caminaba de la mano de mi padre, junto a mi abuelo y una multitud de otros hombres, la «procesión del silencio», la «procesión de los hombres». El rumor de nuestros pasos sobre el asfalto y el repicar esporádico del tambor romano eran los únicos sonidos en la noche. Callábamos y marchábamos. Frente a nosotros, con los ojos vendados, las manos atadas y la frente sangrante, iba la imagen de Jesús, el Cristo. Tieso, púrpura y dorado - rodeado de flores, con el gesto eterno de agonía petrificado en su estoico rostro de yeso-, también él callaba. Yo no entendía entonces el porqué de ese silencio. Sólo seguía marchando.

Hace dos milenios nos escogiste entre todos los hombres. Nos enseñaste en el monte que tu camino es la verdad de la vida. Estaba muerto y me resucitaste. Estaba enfermo y me curaste. Estaba ciego y abriste mis ojos. Viniste hasta mí caminando sobre el mar de mis lágrimas, calmaste la tormenta de mi espíritu, y con tu voz sacaste a mi corazón de su tumba. Durante tres años caminamos tras de ti, aunque tal vez no contigo, hasta que llegó aquella noche en que nos pediste que veláramos, Señor, una hora solamente. Pero nos hallaste dormidos. «El espíritu está presto—nos dijiste—pero la carne es débil». Nosotros callamos, porque sabíamos, en la íntima vergüenza de nuestro pecho, que nuestro espíritu no estaba aún presto para enfrentar como hombres esta hora amarga. Por miedo te traicionamos, Señor, aunque juramos defenderte; por miedo te negamos tres veces antes del canto del gallo. Y preferimos salvar a Barrabás antes que

a ti, te acusamos falsamente y te crucificamos entre ladrones.

Hoy soy un hombre y camino esta noche, Jueves Santo, bajo las estrellas y la luna llena que nos miran, desde el infinito enlutado, en silencio. Camino al lado de mi padre; ya mi abuelo partió hacia tu gloria. La angostura de las calles de la Heroica Villa, las tejas enmohecidas, los labios sellados y los ojos piadosos de las mujeres son los únicos testigos de nuestra marcha penosa. Delante de nosotros va en silencio, bamboleándose sobre el anda de madera, la imagen del Cristo. Marchamos tras de ti esta noche, veinte siglos después de nuestra traición. Una era ha pasado, Señor, y aún marchamos para expiar el pecado de nuestra cobardía de aquella noche, el pecado original de los hombres.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy pecamos contra ti. Porque sobre esta piedra levantamos tu iglesia, pero manchada de sangre, con tronco hueco y mil ramas torcidas. Porque aún dormimos mientras tu velas y ruegas por nosotros. Porque no entendimos tu mensaje santo, ni llevamos a la acción la letra. Porque por treinta monedas te vendemos cada día. Porque nuestra carne sigue siendo débil, y nuestro espíritu aún no está presto. Porque seguimos sacando nuestra espada y cortando la oreja del inocente, sin poner la otra mejilla, sin amarlo como a nosotros mismos. Porque esta misma madrugada te negamos mil veces antes del canto del primer gallo. Porque esta misma tarde te crucificamos otra vez entre ladrones. Porque tu voz sigue siendo semilla que cae sobre la piedra de nuestros corazones, entre las espinas de nuestro egoísmo, y se ahoga sin dar frutos.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy te traicionamos. Porque hoy te vemos hambriento en cada semáforo, al otro lado de la ventana, con tu mano abierta extendida hacia nosotros,

rogando por comida, y te ignoramos. Porque hoy te encontramos enfermo, echado en la puerta del templo, vestido como mendigo, y no nos mueve tu dolor. Porque infinitas veces has vuelto, como lo prometiste, en la forma de un niño o una niña, pero te dejamos morir de hambre, de frío, de enfermedades curables, bajo las estúpidas bombas inteligentes, sin agua, sin padre, sin escuela, sin derechos. No te reconocemos...

Mañana seré un anciano y caminaré nuevamente en silencio. Tal vez mi padre ya no estará conmigo, y andaré con paso vacilante aferrado a la mano firme de mi hijo. O tal vez seré yo quien no esté más en este mundo. De cualquier forma, en cuerpo o en espíritu, todos caminaremos juntos. Y nuestra madre, esposa y hermana nos mirarán callando desde la acera, con ojos piadosos, sabiendo que caminamos por la expiación de nuestro pecado infinito, que empezó hace dos mil años, que no ha terminado aún y que no podremos purgar aunque caminemos contigo este vía crucis, como hombres y en silencio, hasta el límite de la tierra, hasta el final del tiempo.

2001



PARLAMENTO ANOTADO DE LA  
MONTEZUMA ESPAÑOLA

Danza del Corpus Christi en la Heroica Villa de Los Santos

(2006)



## INTRODUCCIÓN

Mi pueblo, pequeño y heroico, es uno de los más antiguos de Panamá, y está lleno de tradiciones hermosas que se manifiestan con esplendor durante las fiestas religiosas. Desde hace siglo y medio, en la fiesta del Corpus Christi, una docena de danzas salen a las calles con disfraces y música, a interpretar dramatizaciones para el pueblo. He participado en varias de ellas: es una experiencia divertida y enriquecedora. Una de estas danzas es la llamada la Danza de la Montezuma Española, la cual tiene una rica trama.

Este texto tiene como propósito servir de referencia sobre la manera en que se ejecuta la Danza de la Montezuma Española en la actualidad, durante la fiesta del Corpus Christi, en La Heroica Villa de Los Santos. Lo preparé con el objetivo de asistir a las nuevas generaciones de danzantes y a los estudiosos del tema. Utilicé las siguientes fuentes: a) la síntesis del Parlamento que preparó entre 1999 y 2001 el Prof. Arístides Burgos Villarreal con base en textos originales de los años 1905, 1934, 1940 y 1977, b) el magnífico libro del Prof. Julio Arosemena Moreno sobre las Danzas Folklóricas de La Villa de Los Santos, c) mis conversaciones con Don Román Vásquez (q.e.p.d) en el año 2001, d) mis observaciones directas durante tres años como danzante de la Montezuma Española, y e) las normas generales del idioma castellano.

Lo presento a la población de La Heroica Villa de Los Santos como una contribución de buena voluntad para ayudar en la preservación de nuestras tradiciones, y lo dedico a quienes trabajaron por esta causa antes de mí, particularmente a Julio Arosemena Moreno, Arístides Burgos Villareal

y a los voluntarios de la Asociación Rescate de Danzas «Miguel Leguízamo».

Las tradiciones que persisten en la Heroica Villa durante la fiesta del Corpus Christi tienen un valor que excede el entendimiento y el interés del paisano común, cuya familiaridad con estas expresiones folklóricas lo llevan a verlas como algo que—por ser propio—parece eterno e inmune a la embestida del tiempo. La realidad es otra: son frágiles los hilos que mantienen vigentes estas arcanas formas de arte en nuestros días. Más de una vez en el pasado estuvieron en peligro de disolverse en el olvido, ya por desidia, ya por desconocimiento.

Por ello felicito a la Asociación y celebro sus esfuerzos. Los habitantes de la Heroica Villa debemos sabernos afortunados al contar con personas dispuestas a sacrificar parte importante de su tiempo y su energía, que otros malgastan en veleidades, en la preservación, estudio y promoción de las hermosas Danzas del Corpus Christi. Gracias a la permanente vigilancia de sus miembros, las Danzas seguirán adornando nuestras calles, refrescando nuestro ánimo y trayéndonos el eco de nuestro pasado centenario, durante múltiples generaciones por venir.

He tratado, en lo que he podido, de prestar mi brazo para esta labor. Pero ya lo demostró el destino más de una vez: mis caminos me han llevado lejos de mi tierra, aunque en ella siempre queda mi corazón. Vaya este modesto esfuerzo mío a servir los propósitos que la Asociación se plantea, junto con el grito de lucha, para no ceder, para seguir siempre perpetuando lo que es digno, lo que es hermoso, lo que es nuestro.

## PARLAMENTO ANOTADO

Al inicio, los danzantes se colocan en dos filas, los españoles a la derecha detrás de Cortés, y los indios a la izquierda detrás de Montezuma. Detrás de cada cabecilla va el abanderado respectivo. Cuando inicia el canto del primer verso, avanzan todos marcando el paso, en un círculo que abarque la sala. Se marcha girando en sentido contrario a las manecillas del reloj, en torno a dos sillas que se han colocado en el centro del recinto, respaldar contra respaldar.

MONTEZUMA Y CORTÉS (cantando):

Entremos juntitos  
al templo de Dios (2)  
a hacerle reverencia  
a nuestro Señor. (2)

CORO DE INDIOS Y ESPAÑOLES (cantando):

Ángeles del cielo  
sus alas tended, (2)  
que va a pasar Jesús  
y María también. (2)

MONTEZUMA Y CORTÉS (cantando):

Entremos juntitos  
todos tras de mí (2)  
doblemos las rodillas  
y adoremos' aquí. (2)

Al decir «doblemos», todos los danzantes se hincan apoyando una rodilla sobre el suelo.

CORO DE INDIOS Y ESPAÑOLES (cantando):

Ángeles del cielo (etc.)

Montezuma y Cortés y cantan lentamente uno o dos versos escogen entre los siguientes, con voz honda y sentida.

MONTEZUMA Y CORTÉS (cantando):

Opción #1

¡Oh!, mi Dios sacramentado,  
que estáis en aquel altar,  
para remedio del hombre  
hoy sale su Majestad.

Opción #2

¡Oh!, mi Dios sacramentado,  
que en esa custodia estáis,  
entre cristales metido  
en accidente de pan.

Opción #3

Dios y hombre que, en Belén,  
nacisteis en el portal  
y por nuestra redención  
os quisisteis humanar.

A cada verso, indios y españoles responden cantando uno de los siguientes dos coros:

CORO DE INDIOS Y ESPAÑOLES (cantando):

Para las opciones #1 y #2

Permitid, Benigno,

logremos juzgar (2)  
que dé Jesús en gracia  
tan dulce manjar. (2)

Para la opción #3  
Repartiendo olores  
se ve desde aquí (2)  
más que la azucena  
al blanco jazmín. (2)

Todos se ponen de pie, marcando el paso, cuando se canta la primera línea siguiente del verso siguiente. Los españoles marcharán más rápido que los indios.

MONTEZUMA Y CORTÉS (cantando):

Levantaos del suelo  
diciéndole así: (2)  
que de Dios sus devotos  
reciban festín. (2)

CORO DE INDIOS Y ESPAÑOLES (cantando):

Ángeles del cielo (etc.)

Mientras marchan, un miembro de cada bando tomará la silla que corresponde a su cabecilla y la reubicará hacia el lado que corresponde a su bando. Las dos sillas terminan, así, en lados opuestos de la sala. Los indios se dirigen hacia una, y los españoles hacia la otra. Los cabecillas toman asiento y los seguidores se forman tras de éstos en forma de un semicírculo, con el abanderado en el centro. El resto se ubica según requiera el orden de su participación.

En adelante, excepto donde se indica lo contrario, todos los textos son hablados. Deben pronunciarse claramente, en voz alta, con el tono y las gesticulaciones del caso.

Uralla (o Uralia) entra, como si viniese corriendo de lejos, y se arrodilla frente a Montezuma. Éste se ha quitado la corona al sentarse.

URALLA:

Montezuma, gran señor  
a tu palacio he venido  
lleno de gran confusión.  
A tus costas ha llegado  
un diluvio de animales  
que no conocemos, no.  
Hay grimas que tienen  
cuatro patas, dos cabezas,  
se comen el fierro  
y nos quitan el bastimento.  
De lo que te doy aviso  
para que alistes a tu gente.  
Si no, ¡vuestro imperio  
se acabará de repente!

Uralla se pone de pie y se mueve hacia un lado. Montezuma se levanta, exaltado:

MONTEZUMA:

¿Qué es esto, Dios inmenso?  
¡Qué novedad tan extraña!  
Pues ya mi espíritu altivo  
se valdrá de toda maña.  
Que llamen a los astrólogos  
y que miren con cuidado

si es dable que este reino  
se halle hoy conquistado.

Uralla toma la corona y la entrega así:

URALLA:

Con tu licencia, señor,  
quiero anticiparme yo  
en ponerte esta corona,  
porque cumples años hoy.

MONTEZUMA:

Gracias, amigo mío,  
por tanta generosidad,  
que un vasallo a su clemencia  
manifiesta así su lealtad.

Montezuma se vuelve a sentar, y Uralla retoma su posición. Al otro lado de la sala, Cortés se pone de pie y saca la espada. En la actualidad no se simula aquí que los españoles vengan marchando de lejos.

CORTÉS:

¡Haced alto aquí, soldados!,  
que voy a hacer reconocer  
al bárbaro Montezuma  
lo grande de mi poder.  
¡Ea, nobles españoles!,  
hijos sois de aquel planeta  
que vivifica las plantas  
y fertiliza la tierra.  
Ya estamos en el peligro  
y es preciso la defensa

para alcanzar la victoria  
de ese rey y su potencia,  
lo que yo espero alcanzar  
de la divina clemencia.

Para obligaros más,  
¿no visteis la diligencia  
que al desembarcar se hizo  
de echar las naves a pique?  
No fue ninguna imprudencia,  
mis dilectos militares.  
¡Ardides tiene la guerra!  
Obligados nos hallamos  
a sostenernos en tierra,  
porque seguir es forzoso  
la empresa que aquí nos trajo.

Haciendo en este punto un movimiento pendular con la espada, que termina apuntando hacia Montezuma, Cortés dice:

¡Sigámosle con tesón y con destreza!,  
buscando el modo mejor  
de vencer aquesta fuerza.

Mirando al cielo, con los brazos abiertos hacia arriba, prosigue, en voz más calma:

¿O será la causa suya  
la celestial asistencia  
del gran Dios de las batallas,  
que es nuestro amparo y defensa?  
¡Así con valor tocad!,

Redoble de tambores.

porque a la cadencia fiera  
de tambores militares,  
de pífanos y trompetas,  
digan todos: ¡viva Carlos Quinto!

Cortés choca con su espada la de los españoles.

ESPAÑOLES (gritando):

¡Viva!

Los españoles guardan sus espadas.

CORTÉS:

Resonando en la alta esfera  
la victoria más suprema,  
que en los anales futuros  
inmortalice esta guerra.

Cortés envaina su espada y se sienta. Montezuma se pone de pie y exclama:

MONTEZUMA:

¿Quién con rumores de caja,  
atrevido, me alborota?  
¡Con tan estruendo de tiro  
que ya el pelear me provoca!  
¡Estos han de ser españoles!  
Pero a mí el saberlo me importa.  
Para salir de la duda,  
enviaré una embajada.  
Salga Uralla, que es preciso

que esta diligencia se haga.

Uralla se presenta ante él de rodillas.

URALLA:

Gran señor,  
¿qué es lo que mandas?

MONTEZUMA:

Ve a ver lo que pretende  
aquí esa gente de España.  
Si se disponen a la guerra,  
para preparar las armas  
y al mismo tiempo darles  
¡cruda y sangrienta batalla!  
De tu parte le dirás  
lo que a ti te diese en gana.

Montezuma toma asiento nuevamente. Uralla, que sigue de rodillas, le responde:

URALLA:

Para obedecerte, señor  
iré con tu embajada  
y un gran león seré  
contra esa gente de España.  
Haré que todos se rindan  
y que vuele vuestra fama,  
porque nuestro valor  
cause terror en España.

Uralla sale, al paso de una marcha, hacia el lado español.  
Todos los indios marcan el mismo paso, parados en su sitio.

El Capitán intercepta a Uralla, con la espada fuera. Uralla y el Capitán chocan armas, y las mantienen en un forcejeo sobre sus cabezas. El Capitán le interpela en tono furioso:

CAPITÁN:

¡Ea!, ¿quién eres?  
¿Eres espía perdido?  
¡No me lo niegues,  
porque te quito la vida!

URALLA:

No, soy un embajador  
que el rey envía.

CAPITÁN:

Pues anda a dar tu embajada,  
y que no sea dilatada.

Uralla llega hasta donde está Cortés y, manteniéndose en pie, entrega el mensaje. Cortés le escucha sentado. El Marqués y el Capitán, con sus espadas, protegen a Cortés del arco de Uralla, el cual amenaza al caudillo varias veces mientras Uralla habla.

URALLA:

Cortés, valiente español,  
¿cómo con tanta osadía  
te atreves a mi señor  
y a su noble bizarría?  
Si avasallar lo pretendes,  
¡en vano lo solicitas!  
A España puedes volver  
o te costará la vida,

que a vos y a vuestra gente  
las he de ver abatidas.

Uralla se mueve hacia un lado. Cortés se levanta, saca su espada y responde en tono arrogante y agresivo.

CORTÉS:

Dile al bárbaro Montezuma  
¡tú, que torpe me desafías!,  
que porque llevas mi respuesta  
no te quitó aquí la vida.  
Dile... que grande de España soy  
y de muy noble bizarría,  
que nació mi fortaleza  
para castigar las Indias  
y mando que se me obedezca,  
rindiéndose a mis cuchillas,  
y que si no es por Jesús,  
por Santa Ana y por María,  
¡a rigor de sangre y fuego  
os he de consumir la vida!  
Esta es, indio, la respuesta  
y mando que sea obedecida.

Al decir la frase «y que si no es por Jesús», Cortés apunta al cielo con la mano.

Cortés se sienta y guarda la espada. Uralla sale de vuelta, al son de la misma marcha anterior. Igual que antes, los demás indios marcan el paso en su sitio. Uralla se arrodilla frente a Montezuma y entrega la respuesta.

URALLA:

¿Oísteis la respuesta

del Cortés hoy día?

MONTEZUMA:

¿Qué dice?

URALLA:

Que grande de España es,  
y de muy noble bizarría,  
que nació su fortaleza  
para castigar las Indias,  
y manda que se le obedezca,  
rindiéndose a sus cuchillas,  
y que si no es por Jesús,  
por Santa Ana y por María,  
¡a rigor de sangre y fuego  
nos ha de consumir la vida!  
Esta ha sido su respuesta  
y manda que sea obedecida.

Al decir la frase «y que si no es por Jesús», Uralla apunta al cielo con la mano, en tres direcciones distintas al nombrar cada una de las tres santas personas. Los indios siguen con la vista los puntos imaginarios a los que apunta Uralla.

En algunos textos antiguos, en la frase «para castigar las Indias», a veces se reemplaza la palabra castigar por dominar. De igual forma, posiblemente debido a la ignorancia de que la frase «las Indias» se refiere en verdad a las Indias Occidentales (nombre que se le daba al continente americano), a veces se le reemplaza por «los indios», frase menos susceptible a ser mal interpretada.

Uralla vuelve a su posición original. Montezuma se pone de pie y, con brazos al cielo, exclama en tono agitado e incrédulo, agitando los brazos frente a sí:

MONTEZUMA:

¿Quién mi quietud alborota?  
¿Quién a mí me desalienta?  
¡Guerra a mi monarquía,  
y a mi gran imperio, guerra!  
¿Qué dominio, qué monarca  
hoy se atreve sin recelo  
a morir entre mis brazos?

Cortés, acompañado por el Capitán y el Marqués, parte al son de una marcha hacia el flanco de los indios. Los otros españoles marcan el mismo paso en su sitio. En directo contraste con su arrogancia anterior, Cortés inicia su discurso en tono sumiso.

CORTÉS:

Ilustrísimo monarca,  
rey del mexicano imperio,  
señor de tanta grandeza  
como ostentáis en vuestro reino:  
embajador soy de un rey  
que, gallardo y generoso,  
solicita tu amistad  
sin guerra y sin alboroto.  
De parte de un gran rey,  
Carlos Quinto, el animoso,  
os mando, rey Montezuma,  
que me obedezcáis pronto.  
Y si no lo hacéis así

Cortés saca su espada. Varios indios se colocan frente a Montezuma para protegerlo. Se da un forcejeo entre el Mar-

qués y el Capitán, por el lado español, y los indios que están al frente, por el otro. Cortés sigue hablando, cambiando gradualmente el tono, hasta alcanzar un matiz desafiante:

con esfuerzo valeroso  
os haré entender, señor,  
por el honor decoroso,  
que a tan supremo monarca  
¡defiendo en el campo airoso!

Mientras pronuncia esta última frase, Cortés realiza con su espada un movimiento pendular, como apuntando el campo a sus espaldas, donde se realizará la guerra. Tras escucharlo, Montezuma se pone de pie y se dirige a sus seguidores. Los tres españoles retroceden un paso para dejarle espacio. Cortés guarda la espada.

MONTEZUMA:

Valientes caciques míos,  
capitanes de valor,  
¿qué os parece que responda  
a este osado español?

Montezuma vuelve a tomar asiento. Los indios responderán de uno en uno, en el orden indicado abajo. Para que cada indio entregue su respuesta frente al rey, los indios se suceden en torno al monarca, moviéndose en una especie de círculo en torno a la silla de éste. Cortés permanece de pie en el mismo sitio, un paso más atrás que el Capitán y el Marqués, quienes lo protegerán, con sus espadas afuera, de las embestidas que realizarán los indios mientras presentan sus argumentos ante el monarca indio.

CRISOLITO:

Que le niegues la obediencia  
y que le digas que no.  
Y si así no se retira,  
me darás licencia vos.  
Mataré más españoles  
que arenas alumbra el sol.  
Y así, Montezuma rey,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

Nótese que la penúltima frase en las respuestas de los indios se podría reemplazar por esta otra: «Y así, monarca señor».

TITULÍ (o Tortolí):

Soy el Titulí valiente  
de tus caciques, señor.  
Si cojo el estoque en la mano  
no quedará un español.  
Si vos me dais licencia  
para salir al campo ya,  
mataré más españoles  
que arenas contenga el mar.  
Y así, Montezuma rey,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

INDIO CHICO:

Soy el indio más chiquito  
de los indios mexicanos,  
pero tengo el corazón  
que no me cabe entre las manos.  
Si me dais licencia vos,  
mataré más españoles  
que la muerte en todo un año.  
Y así, Montezuma rey,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

El siguiente discurso, del Abanderado Indio, es uno de los más hermosos de la danza, y requiere elocuencia y habilidad dramática.

ABANDERADO INDIO:

Dios os guarde, Montezuma,  
de estos caciques señor.  
Los españoles al choque tiran  
cuando alarma tocan.  
Hoy verán que los mexicanos  
somos hombres de valor  
y de sus manos,  
para defender este imperio  
que el cielo piadoso formó.  
Este embajador tirano,  
que a tus tierras se ha metido,  
aquí lo he de ver rendido.  
Pues soy capitán valiente  
que armada traigo a mi gente  
para salir a pelear.

El Abanderado Indio se dirige a Cortés, quien está frente a él, en tono desafiante:

¿Qué crees, osado español?  
¿Que yo uso de gallardía?  
Si Carlos Quinto viniese  
estos lugares a pisar,

Golpeando el suelo con el asta, dice:

¡a los pies de mi bandera  
lo verías arrodillar!,  
como también al Cortés,  
si se dispone a pelear.

El abanderado inclina agresivamente la bandera hacia Cortés al decir esto. Ante este movimiento, Cortés se inclina hacia atrás, como esquivando la bandera.

Salga España de retiro  
y su gente, con ligereza,  
porque yo arranco cabezas  
aunque me cueste la vida.  
Yo hago crecer los ríos,  
camino por sobre el mar  
también me hago invisible  
y otras hazañas más.  
En las primeras conquistas  
aprendí a descuartizar,  
¡y descuartizando gente  
me hice fiero en mi lugar!  
Esto me lo enseñó mi padre,  
quien fuera un gran militar.

Y así, Montezuma rey,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

EMBAJADOR INDIO:

Si como soy tan niño,  
fuera de mayor edad,  
ya hubiera vencido en esta guerra,  
pero más vale callar.  
Y así, Montezuma rey,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

Los indios vuelven a sus posiciones. Montezuma se levanta y se dirige a Cortés, quien avanza dos pasos hacia él.

MONTEZUMA:

Arrogante embajador:  
tu orgullo celebro yo,  
pero son ilusiones vanas  
las que intenta tu valor.  
Que te retires pronto  
es la respuesta que os doy.

Cortés, todavía frente a Montezuma, comenta lo siguiente, en tono sorprendido, a los españoles que lo acompañan:

CORTÉS:

Gallardo y discreto es  
aqueste rey de los indios,

mas, con lo que le he dicho,  
sólo quedó enfurecido.

Da media vuelta y regresa con los españoles al flanco  
que les corresponde, y agrega:

¡Marchen todos a mi real palacio!  
Todos, pues, venid conmigo,  
que Dios nos ha de conceder  
el triunfo sobre el enemigo.

Cortés recibe del Abanderado un bastón.

¡Valeroso Capitán!

El Capitán se para frente a Cortés y dice:

CAPITÁN:

¡Señor!

CORTÉS:

Atendiendo a tu valor,  
y en nombre de Carlos Quinto,  
nuestro rey emperador,  
este bastón os entrego,  
el que usaréis con honor.

Cortés entrega el bastón al decir esto. El Capitán se hince  
con una rodilla sobre el suelo, colocando el bastón sobre su  
frente, y comienza su respuesta. Cortés se sienta.

CAPITÁN:

Lo venero como pueda,  
puesto sobre mi cabeza.  
Juro por el alto Dios,  
por Santa Ana y por María,  
que no he de volver la espalda  
aunque me cueste la vida.  
Santiago, ¡guerra!, ¡guerra!  
¡Viva la invencible España  
y muera la idolatría!,  
que hoy se han de ver escritas  
copias de tanto valor  
en los anales de Apolo  
y en las tablas de Blasón,  
escrita con sangre la gran bizarría  
del ejército español.  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

El Capitán se levanta. Los españoles, igual que lo hicieron antes los indios, se presentan ante Cortés de uno en uno, en el orden indicado abajo, moviéndose en círculo en torno a la silla, y desenvainando la espada cuando hablan, con amagos hacia los indios.

TENIENTE:

Si como soy Teniente  
fuera sólo un soldado,  
a todos los de ese reino  
los hubiera despedazado.

Desenfunda la espada y la arrastra por el suelo hacia los indios, diciendo:

Pues con mi espada feroz  
soy la fiera más tenaz.  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

ABANDERADO ESPAÑOL:

Valeroso Hernán Cortés,  
a tu lado he sido yo.  
Desde España te he seguido  
con respeto y con honor.  
Por este real estandarte,

Golpeando el suelo con el asta, dice:

que empuño con gran valor,  
han de sonar en España  
mis hazañas y furor.  
En honor de Carlos Quinto,  
nuestro rey emperador,  
suene pues el ronco pito,  
los aceros y el cañón.  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

PEDRO DE ALVARADO:

Soy don Pedro de Alvarado,  
devoto del Sacramento.  
Con sólo mentar mi nombre  
¡tiembla todo el universo!  
Los indios nos amenazan  
y nos llaman a pelear.  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

CONDE DE LIRA:

El Conde de Lira soy,  
al que miran con temor.  
En la sangrienta batalla  
daré a conocer mi valor.  
El ronco pito ya suena,  
y el estruendo del cañón  
anuncia que la batalla  
la pongamos en acción.  
¡Tocad ataque y degüello,  
valientes hijos del sol!  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

MARQUÉS DE VERACRUZ:

Valeroso Hernán Cortés,  
noble caudillo español,  
aquí estoy para servirte

con respeto y con valor.  
Yo juro por mi grandeza  
y por el poder de mi Dios  
que haré temblar ese reino  
sólo con alzar mi voz.

Desenfunda la espada y continúa:

Y con mi espada feroz  
me he de hacer respetar.  
Y así, valeroso Cortés,  
mandad alarma a tocar.

En este punto, suena el redoble de la caja.

A continuación inicia la guerra. En ella, se danza haciendo simulaciones de batalla. Los españoles giran en torno a la silla de Cortés, y los indios hacen lo propio en torno a la de Montezuma. A medida que giran, el español y el indio que se encuentran frente a frente chocan la espada y el arco, y simulan un forcejeo. Montezuma y Cortés permanecen sentados mientras cantan.

CORTÉS (cantando):

El gran Carlos Quinto,  
monarca y señor, (2)  
de España me envía  
por conquistador. (2)

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

De España venimos  
con paso veloz, (2)  
porque Carlos Quinto

nos manda por vos. (2)

MONTEZUMA (cantando):

Retírate, Cortés,  
a tu embarcación; (2)  
mira que mis indios  
pasan de un millón. (2)

CORO DE INDIOS (cantando):

Vuélvete, Cortés ,  
que no es de razón (2)  
prender a un monarca  
tan grande y señor. (2)

Completados estos versos, Cortés y Montezuma se turnan cantando uno o más de los siguientes versos opcionales, según se desee la longitud de la danza. Los españoles cantarán su coro tras Cortés, y los indios el suyo tras Montezuma.

CORTÉS (cantando):

Opción #1

Si tú tienes indios  
de mil a millón, (2)  
yo tengo españoles  
guapos como el sol. (2)

Opción #2

A tus muchos indios  
no les temo yo, (2)  
pues más que mil indios

vale un español. (2)

Opción #3

De tu real palacio  
te he de sacar yo. (2)  
Cortés es mi nombre,  
valiente español. (2)

Opción #4

Ríndete, monarca,  
y no quieras, no, (2)  
que la parca fiera  
marchite tu flor. (2)

Opción #5

Tocad a la guerra,  
nobles españoles, (2)  
y conquistaremos  
indios por montones. (2)

Opción #6

Mira que un cuchillo  
en tu cuello es traidor, (2)  
y a tus pies pondré  
grillos por prisión. (2)

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

De España venimos (etc.)

MONTEZUMA (cantando):

Opción #1

Mira que en cenizas

te he de convertir (2)  
si todos mis indios  
llegan a salir. (2)

Opción #2

Yo nací monarca  
lo he sido y lo soy. (2)  
Tributo no paga  
un rey como yo. (2)

Opción #3

Mira que, si esgrimo  
mi flecha y mi arpón, (2)  
a tu bizarría  
daré conclusión. (2)

Opción #4

No rindo al Cortés  
mi corona real (2)  
porque soy monarca  
y rey natural. (2)

El último verso que cante en su turno Montezuma debe ser el siguiente, para indicar a que ha llegado el final de la guerra:

Cierre

Ahora con mi ruego  
lo he de componer. (2)  
A mi embajador  
que me venga a ver. (2)

CORO DE INDIOS (cantando):

Vuélvete, Cortés (etc.)

En este punto, los danzantes se retiran a sus posiciones originales, danzando al final sobre su sitio hasta que termina el coro. Entonces el Embajador Indio se arrodilla frente a Montezuma y dice:

EMBAJADOR:

Aquí está tu embajador,  
rendido ante vuestras plantas,  
esperando que su alteza  
ordene ya su embajada.

MONTEZUMA:

Anda, embajador galán.  
Llevarás esta embajada  
a Cortés, hijo del sol,  
con las rodillas postradas.  
Le dirás de mi parte  
que cese ya su arrogancia,  
porque mire que a mi gente  
no hallo como aplacarla,  
y que, con hondas y callados,  
todos se han puesto las armas.  
Y así de mi parte avisa,  
excuso alguna desgracia.

El Embajador Indio parte hacia el flanco español, bailando un Punto. Se detiene en medio de la sala, y con la mirada y los brazos hacia el cielo, exclama:

EMBAJADOR INDIO:

De tinieblas viste el sol,  
de manto negro la luna.  
Si se enciende mi furor,  
no queda estrella ninguna.

El Embajador Indio continúa con el Punto, que incluye un zapateo. Cuando llega, entrega el mensaje de rodillas. Cortés se mantiene sentado, escoltado por el Capitán y el Marqués, que le protegen con las espadas.

EMBAJADOR INDIO:

Cortés, valiente español,  
recibe así esta embajada  
de mi gran rey y señor,  
que de su parte así la manda:  
que cese ya tu arrogancia  
porque mira que a su gente  
no halla como aplacarla,  
pues, con hondas y callados,  
todos se han puesto las armas.  
Y así de su parte avisa,  
excusa alguna desgracia.

Cortés se pone de pie, desenfunda su espada y responde en tono soberbio. Los españoles juntan sus espadas en el centro del semicírculo, esperando al momento en que, más adelante, Cortés chocará su espada contra las de ellos. Tras este choque de espadas, volverán a su posición de firme.

CORTÉS:

Por respuesta le dirás  
a tu gran rey y señor

que son ilusiones vanas  
las que intenta su valor.  
Que, en cambio, espero llevarlo  
y que no desisto, ¡no!  
Porque al sonido del parque,

Suena el redoble de la caja en este punto.

del clarín y del tambor,

Cortés choca en este momento su espada con la de los  
españoles, y prosigue:

harán estragos mis aceros  
y hará ruina mi cañón,  
y así al instante sabrá  
quiénes son los hijos del sol.

Al decir la última frase, Cortés toca al embajador con la  
espada sobre el hombro izquierdo. Tras esto, Cortés se sien-  
ta. El Embajador regresa, nuevamente al son de un Punto,  
que incluye un escobillado, hasta llegar frente a Montezu-  
ma, rematando con una vuelta, y terminando de rodillas.

EMBAJADOR INDIO:

Di la embajada al Cortés  
y, soberbio, me respondió  
que son ilusiones vanas  
las que intenta tu valor.  
Que, en cambio, espera llevarte  
y que no desiste, ¡no!,  
porque al sonido del parque,

del clarín y del tambor,  
harán estragos sus aceros  
y hará ruina su cañón,  
y así al instante sabréis  
quiénes son los hijos del sol.

El Embajador Indio se retira a su posición. Aparece Crisolito ante Montezuma, y dice:

CRISOLITO:

El capitán Crisolito  
se ofrece de voluntad  
a defender esta guerra  
con honor y con lealtad.  
Con tu licencia, señor,  
voy a desafiar al Cortés,  
porque he presumido mis glorias  
y ostento el castellano.  
Si hay españoles valientes,  
también hay indios muy bravos.  
¿Qué importa que el Cortés  
se manifieste arrogante,  
sabiendo que soy moro soberbio  
de todo un gran rey venerado?  
Os juro, vasallos míos,  
¡pelícanos soberanos!,  
que por la fe de mi palabra  
he de vencer al enemigo  
en el campo de batalla.

Crisolito aprieta los puños frente a sí al pronunciar la frase «moro soberbio».

Crisolito avanza, al son de una marcha, hasta Cortés. Los demás indios marcan el mismo paso sobre su puesto. Crisolito permanece de pie, y en actitud desafiante, cuando dice:

Cortés, valiente español,  
¿cómo, con tanta osadía,  
te atreves a mi señor  
y a su noble bizarría?  
Si avasallar lo pretendes,  
en vano lo solicitas.  
A España puedes volver  
o te costará la vida.

Crisolito se toca las muñecas y dice:

Estas castañas que tengo  
las gané con mis brazos,

Se pasa la mano por la frente y dice:

con el sudor de mi frente  
cuarenta carros armados,

Muestra a Cortés cuatro dedos y dice:

cuarenta mil elefantes,  
todos los vencí yo  
y a mis pies se arrodillaron.

Crisolito se arrodilla, recogiendo su mano derecha hacia atrás en un movimiento pendular, y con ella saca un puñal y dice:

Y esto, que ya lo ves,

por mi valentía lo cargo.

Crisolito acomete, puñal en mano, contra Cortés, teniendo la precaución de mantener el puñal de forma tal que no hiera a los danzantes. Se interponen el Marqués de Veracruz y el Capitán, quienes desarman al indio y lo toman preso, llevándolo hasta el centro del semicírculo, detrás de la silla de Cortés. Todos los indios se bajan el velo.

Aquí se inicia el momento más conmovedor de la danza, cuyo éxito se basa en la habilidad del Crisolito para dotar a su canto de un tono triste y un timbre de llanto reprimido, el cual mueve a los presentes, en ocasiones, al borde de las lágrimas.

MONTEZUMA (cantando):

Crisolito, vuestro amigo...

CRISOLITO (cantando):

Señor, ya quedé en prisión. (1)  
Prisionero me ha tomado  
Cortés, valiente español. (2)

MONTEZUMA (cantando):

Crisolito, vuestro amigo...

CORO DE INDIOS (cantando):

Señor, ya quedó en prisión (1)  
prisionero lo ha tomado  
Cortés, valiente español. (2)

En este punto Crisolito puede escoger uno o dos versos entre los siguientes, si lo desea:

CRISOLITO:

Opción #1

Valerosa infantería  
de la ciudad mexicana: (1)  
ya se va un valiente indio,  
la fuerza y valor no alcanzan. (2)

Opción #2

Valerosos mexicanos,  
¡para siempre adiós, adiós! (1)  
Que el capitán Crisolito  
no los acompaña, no. (2)

A lo que Montezuma y los indios responden con el coro ya mostrado. Crisolito indica al grupo y a los músicos el final de su intervención cantando el siguiente verso:

Cierre

Y ahora con mi llanto  
yo le pediré al Cortés (1)  
que me preste la licencia  
sólo para irlos a ver. (2)

Mientras Crisolito canta este verso, toca el hombro de Cortés, quien le indica su negativa con la cabeza, mirando al otro lado.

MONTEZUMA (cantando):

Crisolito, vuestro amigo...

CORO DE INDIOS (cantando):

Señor, ya quedó en prisión (etc.)

En este momento, Cortés se pone de pie y ordena lo siguiente al Marqués y al Capitán.

CORTÉS:

Valerosos españoles,  
¡capitanes de valor!,  
id a intimarle prisión  
a ese rey emperador.

MARQUÉS DE VERACRUZ:

Valeroso Hernán Cortés,  
os prometo por mi honor  
que, si vos me dais licencia,  
entraré en ese mexicano imperio  
y traeré de la mano  
a ese famoso rey  
para que conozca el soberano  
que somos hombres de valor  
y de sus manos.  
Y así valeroso Capitán  
¡seguid, seguid la partida!  
Vamos a prender al ufano.

El Marqués de Veracruz y el Capitán se dirigen, al son de una marcha, hasta el rey Montezuma. Los otros españoles marcan el mismo paso en sus puestos. Al llegar, el Marqués, espada en mano, acomete contra Montezuma. Lo de-

tienen los indios que se encuentran frente a él. El Marqués ordena:

MARQUÉS DE VERACRUZ:

Montezuma, gran señor,  
a tu palacio he venido  
a que te des a prisión.

MONTEZUMA:

¿Preso yo, siendo monarca?

Mientras el Marqués dice las siguientes líneas, se da un forcejeo entre los dos españoles y los indios que están al frente defendiendo a Montezuma.

MARQUÉS DE VERACRUZ:

¡No me repliques, gran rey,  
no me hables con tanta altivez!  
O me entregas tu poder  
o te corto la cabeza.  
¡Entregad las armas!  
¡Id prisionero de guerra!  
¡Ríndase, su majestad!

MONTEZUMA:

¡No me rindo, no me rindo  
ínterin el gran Cortés  
a mi palacio no llegue!

MARQUÉS DE VERACRUZ:

Marcha, marcha, Capitán,  
con la mayor brevedad  
y al valiente Hernán Cortés  
esta noticia darás:  
que aquí su presencia es útil  
para rendir a su majestad.

El Marqués permanece en el flanco indio, mientras el Capitán, al son de una marcha, hasta donde Cortés. Los otros españoles marcan el mismo paso en su sitio.

CAPITÁN:

Cortés, valiente español,  
recibid esta embajada  
del Marqués de Veracruz,  
que de su parte la manda:  
que allá tu presencia es útil,  
pues su majestad está dada.

Cortés se pone de pie y avanza, al son de una marcha, hacia el sitio de Montezuma, acompañado por el Capitán. Los otros españoles marcan el mismo paso en su sitio, excepto el Marqués, que se encuentra aún en el flanco indio por su cuenta.

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

Partid, gran Cortés,  
al campo del limbo, (2)  
a ver lo que resuelve  
el rey de los indios. (2)

Unos pasos antes de llegar frente a Montezuma, Cortés pronuncia una invocación, mirando al cielo:

CORTÉS:

Poderoso Dios inmenso,  
ruego a su majestad  
que de tan grave peligro  
nos libre vuestra piedad.

Se dirige entonces a Montezuma:

Ya señor aquí me tenéis,  
para lo que queráis mandar.

Montezuma se pone de pie y dice:

MONTEZUMA:

Cortés, valiente español,  
te doy aquestos cerros  
que contienen oro y plata,  
para que te vayas poderoso  
y me dejes en mi reino.

Cortés, en tono galante y ofendido, replica:

CORTÉS:

Montezuma, gran señor,  
bien me podréis perdonar,  
pero no puedo faltar  
ni ser a mi rey traidor.  
Carlos Quinto, a quien Dios guarde,

a llevarte a ti me ha enviado.  
¡Mira si podré faltar  
a lo que mi rey ha mandado!

Uralla trata de acometer a Cortés, diciendo:

URALLA:

Cortés, valiente español,  
maldito tu gran furor  
con el rigor de los aires.

CORTÉS:

Ya el remedio viene tarde.

Al decir Cortés esto, el Capitán apresaa a Uralla y le envía hacia el flanco español.

MONTEZUMA:

Adiós, todos mis vasallos.  
Soldados: quedaos con Dios,  
que ya vuestro rey monarca  
no os acompaña, no.  
No es miedo que he tenido,  
si no que así lo ordena Dios.

Montezuma canta los siguientes versos, sosteniendo su cetro entre las manos, y lo extiende a Cortés, que lo toma en las suyas cuando Montezuma canta las últimas frases.

MONTEZUMA (cantando):

Pues lo determina

vuestro rey así, (2)  
mi corona y cetro  
los tenéis aquí. (2)

Montezuma se baja el velo sobre el rostro. Cortés muestra el cetro a los presentes y luego lo entrega al Marqués. Los indios se ponen de rodillas y colocan sus armas en el suelo mientras cantan el siguiente coro:

CORO DE INDIOS (cantando):

Todos, obedientes,  
llenos de dolor, (2)  
rindamos las armas  
al emperador. (2)

Al terminar el verso, tras un gesto de Cortés, el Capitán retira las armas rendidas. Montezuma canta los siguientes versos, alzando la corona y extendiéndola frente a sí. Cortés recibe del Teniente una bandeja y la coloca bajo la corona para recibirla.

MONTEZUMA (cantando):

Tomad mi corona,  
valiente español, (2)  
ya que tú has vencido  
a un rey como yo. (2)

Al final, se coloca la corona en la bandeja.

CORO DE INDIOS (cantando):

¡Adiós, Montezuma!,

a Europa te vas, (2)  
y ya no te veremos  
en la vida más. (2)

Tras esto, la música para y Cortés exclama:

CORTÉS:

¡Que se cante la victoria  
por Carlos Quinto de España!

Los españoles inician el siguiente coro. Marcando el paso, Cortés avanza con el Marqués y el Capitán hasta donde se encuentran las personas de mayor importancia en la sala. Cortés entrega la corona en la bandeja a la primera persona de importancia, y el Marqués entrega el cetro a la segunda persona de importancia. Según la tradición, éstos colocarán dinero en los artefactos, para los danzantes.

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

¡Victoria, victoria!,  
soldados de España, (2)  
que ya se dio este rey  
de riqueza y fama. (2)

Mientras se canta el coro, se retiran las sillas y los danzantes se forman en dos filas, como al inicio. El Capitán regresa y le coloca los grilletes a Montezuma, en los pies y en las manos, quien canta algunos de los siguientes versos, seguido por el coro de los indios.

MONTEZUMA (cantando):

Opción #1

Duelan de mi llanto  
con tanto clamor. (2)  
Adiós a mis vasallos,  
¡adiós, adiós! (2)

Opción #2

En un carro de oro  
yo solía pasear, (2)  
y ahora, con los grillos,  
no puedo ni andar. (2)

Opción #3

Si el rey Carlos Quinto  
estuviese aquí, (2)  
él rey y yo rey,  
me entendiera así. (2)

Opción #4

A España me llevan  
no pienso llegar, (2)  
porque en el camino  
me he de matar. (2)

CORO DE INDIOS (cantando):

¡Adiós, Montezuma! (etc.)

Montezuma cierra con el siguiente verso:

MONTEZUMA (cantando):

Quítenme los grillos  
que muriendo voy, (2)

y si me los quitan  
gran tesoro doy. (2)

CORO DE INDIOS (cantando):

¡Adiós, Montezuma! (etc.)

Entonces llega el turno de Cortés:

CORTÉS (cantando):

Quítenle los grillos,  
denle libertad, (2)  
que reine en España  
hoy la caridad. (2)

Cortés acompaña estas frases con movimientos de mano que indican la orden de liberar a Montezuma. El Capitán remueve los grilletes y los indios se levantan el velo.

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

¡Victoria, victoria! (etc.)

Cortés canta aquí uno de los siguientes versos, seguido por el coro de los españoles.

CORTÉS (cantando):

Opción #1

La orden que me dio  
Carlos Quinto fue (2)  
que te llevara a España  
que te quería ver. (2)

Opción #2

De oro me ofrecía  
cuanto yo alcanzara (2)  
a ver con la vista  
porque lo dejara. (2)

CORO DE ESPAÑOLES (cantando):

¡Victoria, victoria! (etc.)

Se indica el final de la danza con este verso, el cual se canta frente a los principales de la sala, con los brazos abiertos al frente:

MONTEZUMA Y CORTÉS (cantando):

A los que presencien  
y escuchen la historia (2)  
que nos vayamos juntos  
a la eterna gloria. (2)

CORO DE INDIOS Y ESPAÑOLES (cantando):

Ángeles del cielo  
sus alas tended, (2)  
que va a pasar Jesús  
y María también. (2)

Se hace una reverencia. Cortés recoge el cetro y la corona de las manos de los principales de la sala. Así termina la danza.

La Heroica Villa de Los Santos, Junio de 2006.

# DISCURSOS



## DISCURSO DE FONDO EN LA HEROICA VILLA

El presente es el texto de referencia preparado por el autor para su discurso como orador de fondo y abanderado cívico en el acto conmemorativo del 435 aniversario de la fundación de la Heroica Villa de Los Santos.

«Esta es el alma de la patria:  
su voluntad, su entendimiento y su memoria»

Francisco Luis Bernárdez

Buenos días.

Deseo expresar mi saludo fraternal a las personalidades presentes, a los estudiantes y al público que nos acompaña esta mañana. Agradezco a todos vuestra presencia en este acto cívico. Agradezco, también, en nombre de todos los santeños, los esfuerzos del Comité de Festejos del 1ro de Noviembre de 2004, el cual merece nuestro aprecio por haber logrado, con escasísimos recursos, conmemorar con gran dignidad esta fecha noble de nuestro calendario patrio, injustamente menospreciada en el pasado.

Medité largamente, buscando la mejor manera de honrar en mi discurso la singularidad de mi pueblo querido. Sentí que podría enfocarlo en una de tres vertientes básicas: primeramente, podría rellenar el tiempo que se me había asignado con ripios altisonantes, como es tradición en estas fechas; en segundo lugar, podría utilizarlo como vehículo para comunicar a nuestros gobernantes las necesidades urgentes de nuestra ciudad, protesta que por obvia sería redundante; y tercero, podría hacer un muy necesario repaso de la historia que hay detrás de esta fecha.

Me decidí por esta tercera opción, movido por el sentido de la urgencia. Vino a justificar mi decisión la máxima plan-

teada por el profesor Milcíades Pinzón: «la Villa es la capital histórica de Azuero». ¿Cuántos de nuestros estudiantes, si les preguntáramos en este momento, sabrían explicar por qué es cierta esta frase irrefutable? Si la historia propia tiene tan trascendental importancia para nosotros, ¿por qué ignoramos los detalles fundamentales de nuestro pasado?

Información incompleta, confusa o ausente ha causado que muchas imprecisiones se plasmen en los libros de texto, las cuales se siguen repitiendo aún tras haber sido desmentidas por información descubierta hace décadas en los Archivos de Indias y otras fuentes. Por ello la verdad debe ser dicha y defendida: es imperativo repetirla en cada oportunidad, y desmentir las falacias arraigadas en el magro saber del pueblo, hasta dar lustre a la historia hidalga de nuestro terruño. ¿Por qué se fundó la Villa de Los Santos? ¿Por qué se llama Villa y no Ciudad? ¿Por qué de Los Santos? ¿Por qué Heroica? Para responder a estas preguntas ineludibles, presento a continuación un sucinto repaso a la historia de la fecha que hoy conmemoramos, posible gracias a la magnífica obra de Don Alfredo Castillero Calvo. Veamos.

En el siglo dieciséis, la función explícita de las ciudades españolas en el Istmo era aglutinar en torno a sí las actividades religiosas, económicas, sociales y políticas de una región colonizada. La creación de cada nueva ciudad española era tarea exclusiva de las autoridades de la Corona en Tierra Firme, y respondía a una planificación cuidadosa. Su ubicación se elegía meticulosamente, en base a consideraciones estratégicas. Su función se definía desde el principio, y estaba implícita en la razón de su creación: unas servían para la defensa del territorio, otras para el abastecimiento de alimentos a poblados cercanos o proyectos específicos tales como la minería o exploración, otras más para asegurar una

salida al mar, etc. El acto de fundación de estas ciudades no duraba más que unas horas, y su poblamiento se hacía en cuestión de días, casi de la noche a la mañana. Así se fundaron, en base a estrictos criterios de planificación, las ciudades de Panamá, Nombre de Dios, Santiago, Remedios, Montijo, Alanje, Concepción, Natá, La Filipina, Santa Fe y Portobelo. La excepción a la regla fue, por supuesto, la ciudad de Los Santos. Nació del impulso de sus fundadores (no de una iniciativa oficial) tras dieciséis años de migración, sin formalidades y sin licencias, pasando por alto la autoridad que tenía Natá en esta parte de Tierra Firme.

Estos fundadores habían sido antaño natariegos. La ciudad de Natá fue erigida en el año de 1522 por el vil Pedrarias Dávila, para servir como frente en la lucha de la Corona contra los valientes indios de Veragua, que en ese entonces era territorio hostil. La economía de Natá floreció durante un tercio de siglo gracias a la esclavitud de los indios. En 1519, a través del eufemístico nombre de «Encomienda indígena», el déspota Pedrarias (que Dios lo tenga a fuego lento) condenó a millares de nativos a una vida de trabajos forzados para el beneficio de los españoles, a cambio del derecho a ser bautizados y a oír misa. Sin embargo, gracias a la ferviente defensa que de los derechos de los indios hicieron algunos hombres de ética (principalmente sacerdotes excepcionales), la Corona emite en 1551 la Provisión de Cigales, eliminando la funesta figura de la Encomienda en Tierra Firme, ordenando la liberación y reubicación de los indios, y desencadenando de paso y sin quererlo el ocaso de Natá como emporio urbano.

Se hizo necesario reubicar a los indios recién libertados en comunidades propias, cuya lejanía garantizase el cumplimiento del decreto abolicionista. Se crearon tres asenta-

mientos exclusivos para los indígenas: Santa Cruz de Cubita, Santa Helena de Parita y Santiago de Olá. Santa Cruz de Cubita fue fundada, posiblemente el 3 de mayo de 1558, por el Gobernador Juan Ruiz de Monjarraz y fray Pedro de Santa María, a orillas del río llamado en ese entonces Cubita (y que actualmente conocemos como «Río La Villa»), posiblemente a tres kilómetros del lugar donde doce años después se fundaría la ciudad de Los Santos, aunque en la ribera opuesta.

En este punto deseo ratificar la corrección que hace treinta y cinco años atrás hiciese el historiador Alfredo Castellero Calvo de un error muy difundido sobre el origen de nuestro pueblo. Es falso que Los Santos se originó en Santa Cruz de Cubita: múltiples documentos de la época permiten hacer la distinción entre ambas. El asentamiento indígena de Santa Cruz de Cubita duró apenas dos décadas: se especula que algunos de sus pobladores migraron a pueblos hispánicos cercanos, buscando trabajo con los colonos, mientras que otros se fusionaron con la población del asentamiento indígena de Parita. Quede claro, entonces, que Santa Cruz de Cubita y Los Santos fueron poblaciones distintas en su ubicación, fecha de fundación, componente étnico y longevidad: nunca fueron el mismo pueblo.

Aún peor: el invento reciente de que Santa Cruz de Cubita se convirtió luego en Chitré, y de que por lo tanto Chitré es anterior a Los Santos, carece en tal grado de fundamento que se hace innecesario refutarlo en el ámbito de los conocedores de la historia. Con la verdad no se debe jugar: es irresponsable propagar esta mentira, por lo que nos vemos movidos a desenmascararla de frente y en público, para que la repetición necia no le dé visos de hecho histórico. La innovadora ciudad de Chitré se originó muy poste-

riormente como un apéndice de La Villa de Los Santos; apéndice que crece y progresa hasta el punto en que adquiere una identidad propia, distinta a la santeña. El mérito de Chitré no es ser la primera ciudad de Azuero (pues ese honor pertenece a Los Santos), sino el haber sido la primera ciudad en Azuero en desarrollar una economía próspera de manera sostenible.

Ante la Provisión de Cigales, el alcalde de Natá, Sancho Clavijo, envía a un procurador al Consejo de Indias de Madrid para suplicar a la Corona que restituya la esclavitud indígena en Natá con el fin de evitar su declive económico. Mientras algunos natariegos esperaban con ansia, estancados en su pueblo, una vuelta a la esclavitud que no se daría jamás para Natá, otros pobladores más lúcidos y aventureros (tal vez intuyendo que aquel injusto modo de vida había llegado a su fin) deciden abandonar su ciudad buscando nuevas oportunidades en las fértiles tierras de lo que hoy llamamos Azuero. A ellos se unirían luego soldados españoles desertores, sin vocación bélica, que se habían enrolado en el ejército, supuestamente para combatir en la guerra araucana en Chile, pero con el único y callado propósito de cruzar a América buscando un mejor futuro.

El poblamiento de la península de Azuero, es decir el establecimiento de casas y fincas aisladas por parte de estos aventureros, es relativamente lento: comienza en la vecindad de 1553 y prosigue durante más de una década. Vivían distantes entre sí, y por supuesto lejos de Natá, para mantenerse fuera de su órbita tributaria: libres de impuestos municipales y diezmos gravosos, podían cubrir mejor sus necesidades en esos tiempos de escasez. Pero la fortuna mejora para los azuerenses gracias a consecuencias inesperadas de una iniciativa natariega. Las gestiones de Natá ante la Coro-

na consiguieron la licencia para explorar la todavía virgen provincia de Veragua. Como resultado de estas exploraciones, se fundó la ciudad minera de Concepción, la cual los natariegos no pudieron explotar por falta de recursos económicos. Los beneficios directos de la explotación fueron a manos de los pobladores de Panamá y Nombre de Dios, que poseían esclavos negros empleados en estos oficios mineros. Nótese que la esclavitud en sí todavía no había sido abolida, pues un porcentaje de la raza negra seguía siendo explotado.

Concepción se convierte en un mercado potencial para los granos y reses de los productores esparcidos a través de la península de Azuero. En efecto, el comercio con la ciudad minera mejora la situación económica de los azuerenses. Envalentonados por la prosperidad, y cansados de las abusivas multas pecuniarias que la alcaldía de Natá les imponía arbitrariamente como una manera de sangrar los beneficios del trabajo ajeno, estos pobladores dispersos de Azuero deciden romper sus vínculos con aquella ciudad y fundar una nueva con gobierno propio. Erigida el 1ro de noviembre de 1569, a orillas del río Cubita, la ciudad de Los Santos recibe su nombre, como era tradición, por la fecha en que se le fundó, que en el santoral corresponde al Día de Todos Los Santos.

Desde la perspectiva natariega, la fundación de la Villa de Los Santos fue ilegal. Los fundadores no tenían permiso de la Corona, de la Audiencia de Panamá, o de la Alcaldía de Natá. Sin embargo, este grupo de valientes decidió fundar su ciudad soñada, sabiendo que su acción sería considerada una afrenta contra la autoridad de Natá y que les traería repercusiones serias. ¿Por qué lo hicieron? Es decir, ¿por qué contrariaron a la autoridad, arriesgando sus vidas y sus

haciendas? Simplemente porque sabían que la causa era justa y que la autoridad, en este caso, estaba equivocada: lo correcto era fundar una nueva ciudad en la península, para que sus pobladores pudiesen gobernar su propio destino, y disfrutar del fruto de su propio trabajo. Eso había que hacer, y eso hicieron los santeños.

Cuando las autoridades de Natá se enteran de la fundación de Los Santos, al día siguiente, deciden oponerse con todas sus fuerzas a la existencia de lo que consideraban una ciudad ilegítima y una amenaza para su hegemonía. Aunque la excusa fue la defensa de la majestad del Rey, la razón de la oposición natariega era otra: sus intereses económicos se veían directamente afectados por la fundación de la nueva ciudad. Si Los Santos existía como ciudad independiente, Natá dejaría de recibir el pago de impuestos y diezmos de todos los productores del área enorme que hoy conocemos como Azuero. Perdían ingresos económicos y perdían poder político. Por ello el Alcalde Ordinario de Natá, Rodrigo de Zúñiga, encabeza una avanzada militar contra los santeños. Alrededor del cinco de noviembre se da un encuentro entre los bandos rivales en las márgenes de la Quebrada de Rabelo, llamada así desde ese entonces, seguramente por ser propiedad de uno de los fundadores de Los Santos: Ambrosio Rabelo.

Ambos bandos estaban armados, pero los natariegos excedían en número y armas a los santeños. El encuentro no degeneró en batalla, sino en un intercambio de frases. A varios de los fundadores de Los Santos se les apresa y se les lleva a Natá, y las casas santeñas son destruidas. Zúñiga condena a diez años de destierro a varios fundadores, pero a su cabecilla, al líder del grupo fundador y primer alcalde de la ciudad de Los Santos, Francisco Gutiérrez, se le condena a

la horca. Para defenderle de morir de forma tan miserable, sus compañeros apelan la condena del Alcalde ante la Audiencia de Panamá. Tras dos años de prisión, Francisco Gutiérrez escucha el fallo de la Audiencia: se rechaza por improcedente su condena a muerte, pero se le obliga a cuatro años de destierro a él, y a dos años a otros detenidos, contados a partir de esa fecha, a pesar de que ya habían purgado dos años de prisión por el único pecado de buscar su libertad.

A Francisco Gutiérrez todavía no se le ha hecho justicia. Permítanme repetir su nombre, para que nunca lo olvidemos: Francisco Gutiérrez. ¿Cuántas escuelas y calles llevan su nombre? Francisco Gutiérrez. ¿Cuántos monumentos han sido erigidos en su memoria? Francisco Gutiérrez tuvo una visión: fundar un pueblo de valientes en el corazón de la península, donde los brazos que quisieran trabajar para ganar el pan propio serían bienvenidos, sin recurrir a la esclavitud de los indígenas, respetando la dignidad de los hombres y su derecho irrenunciable a la libertad. Su visión casi le cuesta la vida: pagó con varios años de destierro y con la pérdida de toda su hacienda la osadía de fundar a nuestro pueblo libre, que luego sería heroico. Ahora este mismo pueblo no le recuerda, tal vez por desconocimiento. La verdad es que Los Santos, Azuero y Panamá no serían hoy lo que son si no fuese por Francisco Gutiérrez, verdadero héroe santeño, hombre de visión y liderazgo, que hizo más por nuestra región que Bolívar, Bastidas y Colón juntos. A falta de una imagen, al menos su nombre debería aparecer en la lista de alcaldes de esta heroica ciudad como el primero y más trascendente de todos, pues él le fundó a un altísimo costo, según la imagen de su gran sueño.

La oposición natariega a la existencia de Los Santos toma luego la forma de una prolongada disputa legal que se ventila en la Audiencia de Panamá. En este punto, representantes de la Corona inspeccionan el sitio escogido por los fundadores santeños y concluyen, para vergüenza de los natariegos, que el sitio es óptimo y la idea fundacional es acertada. La justificación para hacer una ciudad adicional - y hacerla en ese sitio - queda entonces claramente establecida. Así se reivindica la decisión, valiente aunque temeraria, de los impetuosos fundadores santeños. Para complacer a ambas partes, es decir a natariegos y santeños, la Corona decidió reconocer la existencia de la población de Los Santos, pero no con el alto título de «Ciudad» (como lo tenía Natá), sino con el menguado título de «Villa». De ahí que nuestro pueblo se llame todavía hoy la Villa de Los Santos, como un airado desafío a la monarquía española y a todo lo que ella representó para nuestro caserío incipiente en aquella época embrionaria. Irónicamente, esta Villa llegó a ser más adelante, en la cúspide de su importancia demográfica, la segunda ciudad en tamaño y relevancia económica en todo el Istmo, segunda solamente a la ciudad de Panamá.

Hemos ya aclarado la interrogante sobre el origen y modo de la fundación santeña. Ahora presentaremos su carácter de pivote en la aparición de Azuero como conglomerado humano. La Villa de Los Santos gozó de dos décadas de imparable crecimiento económico, gracias a la venta de abastos para las minas auríferas de Concepción. Sin embargo, cuando estas minas son clausuradas en 1589, Los Santos y Natá se hunden en una profunda depresión: la economía de ambos era básicamente primaria, de suministro de alimentos a otros poblados que podían pagarlos. Al desaparecer el comprador principal, Concepción, la economía su-

cumbe. A partir de 1589, aquellos santeños trabajadores se encontraron de pronto sin un comprador para sus productos. Al decaer la economía de la Villa de Los Santos, gran parte de sus pobladores emigran nuevamente, como lo habían hecho de Natá en 1553, buscando nuevas tierras, nuevos retos y oportunidades. Estas excursiones de santeños plantan las semillas poblacionales de casi todos los pueblos que cubren la península de Azuero hoy en día. Así, Los Santos es no solamente la primera y la más antigua de las ciudades azuerenses: es también el punto focal del cual parten los fundadores de casi todas las otras ciudades del área.

Más de dos siglos después, el 10 de noviembre de 1821, al declararse independiente del imperio español por cuenta propia, sin apoyo de nadie (cual David indefenso ante el Goliat imperial), Los Santos brindó el ejemplo de tenacidad ilimitada que detonó la inminente pero estancada gesta libertaria de la patria entera. Esto le valió el título de «Heroica Ciudad» a nuestra humilde Villa. Se dice que al Libertador Simón Bolívar conmovió profundamente la valentía desproporcionada de los próceres santeños.

La historia no está exenta de ironías: la ciudad de Natá, que había sido el mayor enemigo de Los Santos en el momento de su fundación, se trocó en su mayor aliado cuando La Villa declaró la independencia de España dos siglos y medio después. Sin el decidido apoyo militar y político de Natá, el valiente salto de fe que dieron los santeños el 10 de noviembre hubiese sido un suicidio colectivo. La independencia de Natá fue declarada cinco días después por Francisco Gómez Miró, haciendo eco del gesto santeño y continuando la reacción en cadena que llegaría hasta la Capital para precipitar el fin de la opresión hispánica en la Ciudad de Panamá el día 28.

Las Tablas, por su parte, reconoce el Grito de la Villa y ofrece su unión a Don Segundo Villarreal el día 8, pero no de noviembre, sino de febrero del año siguiente, en una carta donde notables reconocen que ese pueblo «jamás se atrevió a declarar su intención».

Habiendo concluido este repaso a la historia santeña, quiero aprovechar la relevancia que este podio le brinda a mis palabras para enviar un mensaje respetuoso al actual Presidente de la República. Señor Presidente: nuestra querida y heroica Villa de Los Santos es la excepción a muchas reglas. Fue excepcional en su fundación, de la cual brotó Azuero como ente cultural cuya influencia campea aún hoy. Fue excepcional nuevamente en su declaración de independencia de España, concebida individualmente, tan digna como riesgosa, gracias a la cual se contagió de libertad todo el Istmo, consolidándose como un país distinto. Resulta evidente, señor Presidente, que esa tradición de romper los esquemas establecidos cuando la realidad los hace obsoletos, en búsqueda de libertad, bienestar y progreso, se incrustó en el espíritu colectivo de la Villa desde el día de su fundación y le dio 252 años después el coraje para alzarse antes que nadie contra la opresión de la Corona ibérica. Esta valentía permanece intacta aún hoy.

Meditar sobre el significado de nuestra historia, sobre quiénes somos y hacia dónde vamos, comprender nuestro pasado para construir nuestro futuro, es más importante para la nación que aumentar el flujo de turistas hacia el interior de la República durante un fin de semana. Sacrificar la identidad nacional por consideraciones mercantilistas sería un error. No permita usted, señor Presidente, que durante su gestión se desacralice la fecha del 10 de noviembre. La fecha del Grito de Independencia no debe ser día puente: no

se puede celebrar el día 15 lo que ocurrió el día 10. Le invito a que usted mantenga durante los cinco años de su gestión la política de que el 10 de noviembre no será nunca día puente, que se le celebrará siempre en la misma fecha gloriosa que escogieron los valientes para alzarse contra la opresión.

Para terminar, quiero repetir la frase del ilustre profesor Milcíades Pinzón, complementándola de la siguiente forma: la Heroica Villa es la capital histórica de Azuero y la cuna de la libertad panameña.

Gracias por su atención.

2004

Bibliografía: Un análisis completísimo sobre el 1ro de noviembre de 1569 pueden hallarse en la colosal obra de Don Alfredo Castillero Calvo titulada La Fundación de La Villa de Los Santos y Los Orígenes Históricos de Azuero. La referencia obligada sobre el 10 de noviembre de 1821 es el libro El Grito de La Villa de Don Ernesto J. Nicolau.

# CUENTOS



## LA MÁSCARA DE DIABLICO

a Miguel Leguízamo

Pero ninguna como la que hizo Julito. Pregúnteles a los viejos. La madrugada del día de la Encarnación salió con la fresca a buscar la tierra. En un hormiguero la encontró suave y húmeda. Amasó la arcilla todo el día. De noche, con una guaricha le dio forma ahí en el monte. Le hizo hocico, ojos, orejas, cachos. La dejó secando al sol hasta el día de la Cruz. Dicen que en Semana Santa, a escondidas, la forró en papel mojado en agua bendita y la pintó exquisita con el color de la sangre. En el Cuarteo del Sol, la máscara de este diablico esparció el pánico. Viejas cayeron al suelo. Niños huyeron llorando hacia los potreros. Hombres mirando desde las puertas de las cantinas orinaron sus pantalones. El Padre Conde le echó agua bendita. Juran las beatas que hirvió al contacto: «Esta es la cara de Bel Cebú». Todavía hablan de esa máscara en La Villa. Dicen que el diablo mismo la moldeó a su imagen aquella noche en el monte, guiando las manos de Julito, cuando se apagó la luz de la guaricha.

2007

## EL HOMBRE QUE LLEGA

A Eustorgio Chong Ruiz

El hombre va por el camino, solo. La noche se prolonga en sombras cenicientas, apenas definibles bajo la luna menguante. Sólo el murmullo de sus cutarras y la respiración de fumador viejo perturban el silencio. En su mano, el fósforo se enciende para dar fuego a la pipa.

El aroma caliente de tabaco le tranquiliza un poco. Los grillos cantan entre los matorrales cercanos. Está oscuro: su mano se desliza hasta el cinto y tienta la cacha del machete. Chupa de nuevo, saboreando el humo un momento en la boca. Mira al cielo.

— ¡Chejito, carajo!

La noche se traga los pasos, acentuando la sensación de soledad. Su mujer lo mandó a llamar a la salina, donde estaba acampado por ser verano, cuando los hombres de sal deben proteger día y noche los destajos, para que no los arrastre el aguaje. «Dice tu mujé' que te regresey, que tu hijo se sacó a una muchacha». La madre se había enterado en la mañana porque el rumor corría por el pueblo: «Chejito, el de Naya, se sacó en la noche a Esperanza, la hija de Mecho, por la ventana del rancho, en un caballo que le prestó Licho Huertas».

El hombre llega a una quebrada y se descalza. Con las cutarras en la mano, atraviesa el torrente frío. El polvo del camino le arropa la humedad de los pies. Divisa más adelante la luz de una guaricha, que se escapa por la ventana de una casa de quincha, como un ángel de fuego que huye de un abismo.

— ¡Ay, Chejito! ¡Qué pendejo eres!

Chupa otra vez la pipa, sin prisa, aspirando largamente. La lumbre le enrojece el rostro. Deja salir el humo, y con él una saloma sabrosa, clara y fuerte; esa saloma del alma que lo distingue entre los salineros. Con el grito que retumba entre los ciruelos, la luz de la guaricha se atenúa. Queda la casa a oscuras y en silencio, esperando al hombre que llega.

— Le voy a da' una rejera.

Se detiene frente a la casa, semejante a una estatua de sal; algo le estorba el pensamiento. Medita un poco: los recuerdos de su juventud cruzan su mente, como garzas que vuelan hacia los manglares. Años atrás él y Naya, fruto recién maduro, estaban enamorados. Hicieron planes y promesas. Él se la robó una noche y la llevó a caballo hasta el río. Desde entonces vivieron juntos, en esa felicidad sencilla que por ser constante se hace casi imperceptible.

En su rostro, duro como cuero, se presiente una sonrisa. Su corazón se ablanda. Su perspectiva se modifica. Su alma se regocija por la valentía del hijo. Vuelve a salomar.

La luna se está durmiendo tras los cerros.

2005

## EN LA CORRIENTE

a Ñato y lo que en él había de ángel

La corriente corre lenta. Arrastra tallos de plátanos, cocos y pencas secas que, flotando, describen círculos perezosos en las sucias aguas del río.

En ambas riberas una gran cantidad de personas reunidas ven el agua pasar. Ansiosos y confundidos, murmuran en voz baja lo sucedido. Todos vinieron apenas se enteraron de lo que pasó: Ñato, el hijo de la Melli, se ahogó esa mañana.

Eran como las once—cuando el sol azota y la brisa calla, cuando el río, fresco y sabroso, es el mejor refugio contra el calor—en un remanso, al pie de inmensas palmeras. El chico y otros muchachos de su calle se bañaban a escondidas.

Más de una vez los labios reseco de su padre, curtidos por el mar y por el monte, pronunciaron la sabia advertencia.

—En invierno el río es traicionero, m'ijo. Espérese a que sea de verano. No busque tentación...

Pero ese día el calor y el cansancio fueron más fuertes. Las aguas turbias y profundas del río crecido eran el escenario de sus juegos, nadando y salpicando de aquí para allá y de allá para acá. Sus risas vibraban entre las cañazas y los maizales. Y en un instante, tras un súbito ajetreo de brazos y espuma, el muchacho se pierde bajo el agua sucia del río de invierno, para no salir con vida nunca más.

Inmediatamente la noticia corrió por el pueblo, de modo que, al cabo de unas horas, las huertas y los sembrados se vieron repletos de gente. Parientes, amigos, mirones y vo-

luntarios para la búsqueda del cuerpo, se dieron cita en el lugar.



Hace calor. Las mujeres se abanicán para refrescarse, unas, bajo frondosos mangos, consolando a la madre temblorosa, enrojecida y ronca de tanto llorar; otras paseándose entre la maleza de los barrancos, mirando, inquisidoras, las márgenes del río.

Sus ojos angustiados se pierden bajo las aguas, sus miradas se enredan en los pajonales, en las sombras y los claros, hasta esfumarse tras las curvas del río.

Hombres jóvenes, valientes, se sumergen por instantes en las turbias profundidades del remanso con unas cuantas bocanadas de aire en sus pulmones. Bucean ágilmente, palpando sobre el lodo y entre las peñas, en una búsqueda desesperada e inútil. Otros han recorrido el río de arriba a abajo, hasta mucho más allá del puente. Han revisado entre los troncos y los herbazales, pero no han visto nada.

La tarde pasa lenta. Los ánimos declinan. Una a una las personas abandonan el lugar. Tan sólo unos pocos siguen escrutando, con ojos cansados, la corriente adormecida. Al caer la noche un nuevo grupo de personas, con focos y guarrichas, llegan al lugar. Improvisan un fogón en los palmares y preparan café. Saben que la noche será larga.



Nada. A pesar de los grandes esfuerzos no hay ni una señal del cadáver.

Toda la noche hombres y mujeres se turnaron con focos, para ver si el cuerpo salía. Se buscó con ganchos y con palos, y no faltó uno que otro aventurero que se arriesgara a bucear en busca del muchacho. Pero no se halló nada.

Ni aún la milagrosa vela de la Candelaria, flotando sobre una batea corriente abajo pudo dar con el lugar donde el cuerpo había quedado.

Con las primeras luces del alba un gran número de personas relevaron a los desvelados. Colocaron varios trasmallos, por si la corriente arrastraba el cuerpo. Recorrieron todo el río en bote, aún más allá de la represa, hasta los tupidos manglares. Muchos más hombres buscaron en el fondo del remanso, con necia perseverancia. Mas todo fue en vano. El río se lo tragó y ahora, temeroso, esconde su cuerpo muerto.

–Tenei que llamalo, Melli. Si lo llamai él sale diuna ve.

Una angustiada sensación de impotencia se hace sentir. La fuerza los abandona. Sus esperanzas se extinguen. La posibilidad de encontrar el cuerpo parece cada vez más lejana.

–Llamalo, Melli. Si la mama lo llama él solito sale.

La mujer es llanto. Su corazón ha sufrido demasiado, pero debe intentarlo por todos los medios. Su voz estremece a los presentes.

–¡Ñato, papa mío! Salí que tu mama te quiere ver. Así como Dios te tenga, asina te quiero. Ven, Ñato, dejá que tu mama te vea. Lindo mío, no me dejéi esperando.

Silencio. La ansiedad recorre los barrancos. Una esperanza chiquita palpita con los corazones.

Pasa un rato. Hay dudas, desconcierto, rumores crecientes.

De pronto el silencio se rasga.

–¡Miren allá!

Cerca de la orilla, un bulto redondo, negro y pequeño sobresale sobre el agua. La madre reconoce los cabellos despeinados: un dolor inmenso, punzante, se le incrusta en el

alma y se desgaja en llanto. Minutos después, tras grandes esfuerzos, lograron entre varios sacar del agua el cuerpo desnudo, hinchado y sangrante por la nariz y la boca.

Lentamente, en silencio, regresan con su carga por el camino. Atrás, más allá de los palmares, queda el río solitario, invariable, impasible.

La muerte crece en sus entrañas.

1993

## ADIÓS, AMIGO MÍO

Una suave brisa refresca el ambiente caluroso del verano, bajo el amplio cielo, desbordante de luz. Bajo el tupido ramaje de un viejo y retorcido mango, sumergidos en el más sagrado silencio, los dos amigos se contemplan mutuamente. Inmóviles, se miran largo rato, pues los envuelve el abismal dolor de la despedida, ese dolor que los carcome por dentro, que extingue toda alegría y que ahoga las esperanzas de volverse a ver. Ambos lo sienten, ambos lo saben. Por eso se miran tan callados, pues la pena los tortura y los consume poco a poco.

El muchacho siente cómo el dolor se le enrosca en el alma, cómo le aprieta el corazón hasta sofocarlo entre los anillos de la angustia que los invade. Momentáneamente la voz pausada de su madre lo hace reaccionar.

—Hay que matarlo, hijo. Hay que matarlo.

El joven se estremece. Él ya había visto a la muerte acercarse lentamente a su amigo, acechándolo, como una fiera acecha a su presa. Él sabe que no hay más solución para su angustia que la muerte, pero matarlo sería como matarse él un poco, como si muriera un trozo de sí o como si se esfumara una parte de su alma.

—Mira cómo se queja, como sufre el pobrecito. No agrandes su pena, mávalo, hijo, mávalo. Así descansará.

El pobre lo mira con sus ojitos claros y brillantes, cargados de lágrimas y de esa angustia dolorosa que trae consigo la muerte. ¿Cómo podría matarlo? ¿Cómo, si él es su amigo, su compañero? ¿Cuántos momentos compartieron juntos!

¡Tantos días alegres! Siempre juntos, como enamorados, adonde iba uno, iba el otro.

Ahora recuerda cuando muy de mañanita, bañados los pies en rocío y vigilados por el cielo aún estrellado, salían a cazar iguanas; a recorrer los potreros y el borde del río, asomándose entre las ramas y estremeciendo los mata palos. O cuando, huyendo del calor, se tiraban desde los barrancos para sumergirse en las profundas y frescas aguas del río con una explosión de gotas y espuma. Luego se robarían las sandías del señor Arnulfo o las pipas de la huerta del viejo Toña. Al que no corría duro lo agarraban. Y luego, sentados a la sombra del árbol de mango más grande que hubiera, disfrutaban aquellos refrescantes frutos, con los cuales la naturaleza premia el ingenio de los más berracos. ¡Esos sí que fueron buenos tiempos!...

Pero todo eso luce tan lejano ahora. Para él su perro es más que un compañero, es un hermano. ¿Cómo poder matarlo? Pero no hacerlo, sería permitir que la muerte lo devorase poco a poco, que lo torturase a su gusto, hasta extinguir en él su último hilito de vida. A él, a su querido amigo, que días antes se defendió como un valiente contra dos perros enfurecidos que lo atacaron, que no les dio tregua hasta quedar casi muerto, bañado en la sangre de sus enemigos y en la propia, por defender su territorio. ¿Cómo podría matarlo?

El chico se confunde, su mente se nubla, las emociones se arremolinan en su alma, como un huracán que arrasa con furia todo lo que halla a su paso, y, por más que trata de contenerse, rompe a llorar. Las palabras de su madre retumban en su mente.

—¡Mátalo, hijo, mátalo!

La vida de su amigo no está en sus manos, pero sí lo está el medio para menguar su agonía. Y tomó la decisión que le dictó su conciencia.

Lo mató.



Noche de verano, espléndida y fresca, fragante a jazmín y a rocío. Los sueños se estremecen arrullados por la brisa. La luna casi llena, diáfana y serena, se levanta lentamente sobre el horizonte, y las estrellas grácilmente palidecen ante su presencia. Su luz dibuja blancas figuras a lo lejos, mientras las nubes caprichosas juegan en las profundidades del cielo.

Entre el rumor de la brisa y el murmullo de las aguas, dos amigos se pasean por el borde del río. Y dice la gente que en las noches de verano, bajo la luz de la luna llena, se escucha un aullido; es el recuerdo agradecido de un amigo que se fue.

1993

## CONFESIONES EN EL CAUTIVERIO (FRAGMENTO)

(...) Resta poco tiempo e faltan culpas por confesar. Recién llegado yo á estas tierras nuevas proveniente de Cádiz á bordo de una carabela, inicié junto á los colonos la construcción deste templo que agora me aprisiona. Lo construimos primero que las casas e los puertos. Trabajamos intensamente fasta velle terminado, e ficimos un Te Deum para celebrallo. Entonces pudieron Vuestros fieles construir sus casas e las demás cosas que facían falta. Hay que ver las artes destos Malagueños e Sevillanos para edificar las moradas con sus jardines, e los fuertes, que en aquesto fasta parecen moros. Pienso yo que destos aprendieron á construir los cristianos, e digo esto porque antes non se habían visto palacios tan hermosos e bien labrados como los questos moros ficieron. Hubo que tumbar montes e árboles grandísimos, e soportar muchas pestes e azotes de bichos extraños. Hubo que soportar muchas lluvias, e véase que en aquestas tierras llueve con unas tormentas de fuego e truenos quel mesmo infierno es más manso, e que los indios nombran hurakán. Quando húbose terminado la construcción de la villa entera, e se vido la merced de nombralle de alguna forma, yo me adelanté á proponer, e por esto es que me considero pecador, que se le nombrase La Villa de San Longuiño, en honra e prez deste santo patrono de mi pueblo natal, Jerez de la Frontera. Confiésome pecador de pecado mortal de egoísmo, porque mi parecer fue satisfacer mi apetencia o capricho, e non como era justo, conviene saber, quel nombre que recibiese la villa debía ser al gusto e según los deseos de todos los cristianos que en él trabajamos, pues yo también

fice jornada con el resto. Los colonos non aceptaron mi proposición, sino que cada uno determinó una propia e como non había dos que de la mesma aldea o pueblo de España viniesen, acaeció lo que en Babel con la torre, salvo que en vez de lenguas diferentes lo que se confundían eran los nombres de santos patronos diferentes. Uno de Huelva le nombraba La Villa de San Geranio Virgen e Mártir, otro de Sevilla le llamaba La Villa de Santa Lucrecia de Miramar, e otro de Alcalá de Guadaira le llamaba La Villa de la Virgen de Cascarrosa, e había uno de Moguer que le nombró La Villa de Santa Cafuné la Perjudicada, e otro más de Valverde Del Camino que le quiso nombrar La Villa de San Tito de La Rabelo, questos son los que me recuerda la memoria. Ansí todos los restantes que eran más de cincuenta hombres, ficieron anuncios de nombres diferentes, porque las mujeres non se atrevieron á anunciar nombres por su boca sino á través de las de sus maridos. Hubo gran discordia e disgusto entre los cristianos, pues nadie quiso ceder e aceptar el nombre del otro. Si yo hobiese intercedido, si hobiese evitado las disputas, la desgracia que ocurrió se habría evitado. En esto pequé grande e horriblemente, Padre, e por ello os pido misericordia, pues ni siquiera cejé en anunciar mi patrono San Longuiño en aquellos días de disputa. Confío en recibir Vuestro perdón, Señor, porque soy arrepentido.

Como non se llegase á un acuerdo, se desató tal batalla entre los cristianos que de pura rabia destrozaron el pueblo, conviene saber, tumbaron las casas, picaron con azadas los caminos e pegaron fuego á los montes sembrados, á los techos caídos e á los puertos. Ardió la villa entera, destrozándose en horas lo que nos había tomado varios meses de trabajos tan pesados que non son dignos ni de esclavos. Sólo el templo que para Vos edificamos quedó intacto, e con ello

supieron los cristianos que su Dios había mirado desde el cielo el mal que todos habíamos fecho, e se refugiaron en este templo, pidiéndote perdón por tan malas obras e ciego comportamiento. Yo os rogué perdón entonces e os lo vuelvo á suplicar agora, por ser mi culpa más grande que la destos pobres hombres pues yo soy un servidor de Vuestro nombre e me porté como un niño egoísta e mal criado, olvidándome de mi sagrado papel de pacificador. Arrepintiéronse muchos e muy hondamente. Al día siguiente empezamos todos juntos á construir nuevamente el pueblo; he aquí que hubo mucha e muy grande alegría en facello, pues cantamos e nos gozamos mucho trabajando en grupo, como buenos cristianos, con ayuda de los mansos indios que habían mirado con horror las llamas e las disputas. Ansí reconstruimos el pueblo, quedando aqueste muy fermoso, más grande e bien dispuesto que antes, con caminos más anchos e casas más bellas, altas, bien fechas e mejor adornadas. Húbose una gran alegría entre todos los cristianos al ver el pueblo otra vez en pie, e non hubo más disputas sino armonía, pues habían aprendido á cuidar la paz, habiendo pagado tan caro precio por perdella. Confío, Padre santo, que me habéis escuchado e perdonado tan terrible pecado; ansí lo siento yo pues me refresca una tranquilidad e una sensación de paz agora que lo he confesado, sabiendo por esto que me habéis librado del castigo que merecía mi afrenta á Vuestra divina voluntad.

(...) Hubo merced nuevamente de nombrar de alguna manera la villa que habíamos construído. Como el hombre es un animal, más veces yerra que acierta, mas non lo es tan bruto en grado de errar dos veces de la misma guisa. Decidieron en acuerdo de todos los cristianos, otorgarme á mí la tarea y el privilegio de nombralle á mi talante, por ser yo el

clérigo e por corresponder por tradición estas tareas e oficios de dar nombres á los que son religiosos. Estaba en buen punto el pueblo, e todos esperaban felice suceso. Non le quise nombrar yo La Villa de San Longuiño, e más de uno esperaba que lo ficiere; en cambio, oré pidiéndoos guía e me iluminó una idea que me pareció maravilla: le nombré La Villa de Los Santos, e decidí bendecir el pueblo e celebrar la fiesta el día 1 de noviembre dese año, que era el de mil e quinientos e sesenta e nueve, día que á la sazón distaba unas pocas semanas, por ser el dicho día la fiesta de Todos Los Santos. Todos vuestros fieles lo tuvieron á bien, pareciéndoles aquesta una decisión digna de Salomón, pues así todos los santos patronos de todos los pequeños pueblos de España e del mundo entero eran honrados, evitando las disputas futuras. El pueblo creció e prosperó con ligereza, llevado de Vuesa mano, de tal modo que en poco tiempo habíase tornado en un punto de comercio e de abastecimento, e puente de paso para muchas e muy maravillosas riquezas que á la España se enviaban, sangradas destas tierras como de una llaga abierta, porque esta tierra es riquísima en tesoros e maravillas. (...)